

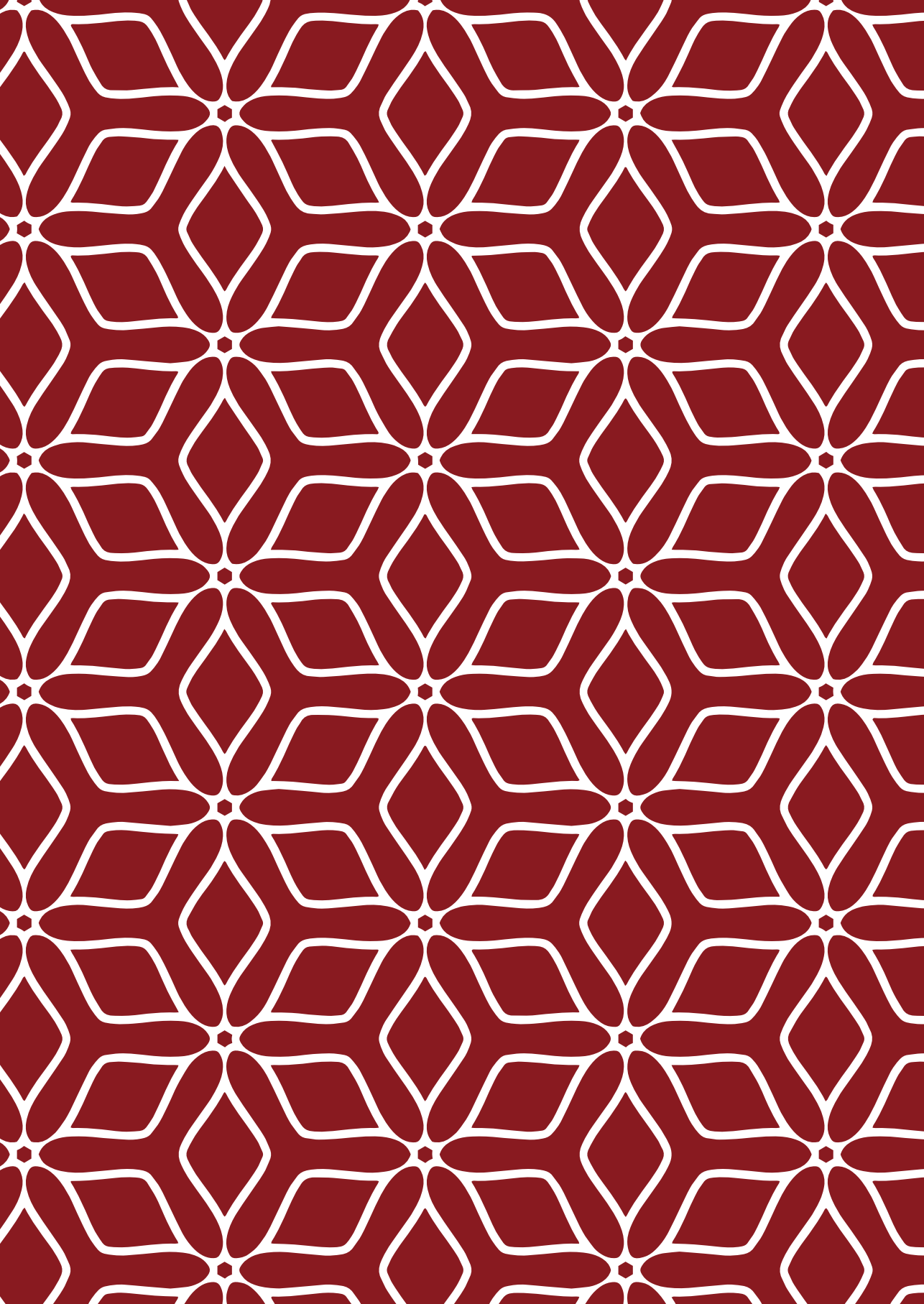
HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

ALGUNAS «NUEVAS» VIRTUDES DEL BUEN MAESTRO

CREATIVIDAD
PROFUNDIDAD
VISIÓN

AUTOR

HNO. GABRIELE DI GIOVANNI, FSC



ALGUNAS «NUEVAS» VIRTUDES DEL BUEN MAESTRO

CREATIVIDAD
PROFUNDIDAD
VISIÓN

AUTOR
HNO. GABRIELE DI GIOVANNI, FSC

Marzo de 2026



**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

CUADERNO MEL N.º 66

Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas

Algunas «nuevas» virtudes del buen maestro. *Creatividad. Profundidad. Visión.*

Autor

Hno. Gabriele Di Giovanni, FSC

Dirección general

Hno. Santiago Rodríguez Mancini, FSC

Dirección editorial

Sr. Óscar Elizalde Prada

Coordinación editorial

Sra. Ilaria Iadeluca

Traductor

Hno. Agustín Ranchal, FSC

Coordinación gráfica y Maquetación

Sra. Giulia Giannarini

Producción editorial

Ilaria Iadeluca, Giulia Giannarini, Fabio Parente, Óscar Elizalde Prada

Impresión

Tipografia Salesiana Roma

Oficina de Información y Comunicación

Casa Generalicia, Roma, Italia

Marzo de 2026

** Esta obra ha sido publicada originalmente en italiano*



ISBN:

978-88-99383-49-7

Índice

PRESENTACIÓN	5
EL AUTOR	7
INTRODUCCIÓN	8
LA CREATIVIDAD	16
LOS MÚLTIPLES SIGNIFICADOS DE CREAR	19
LA FUNCIÓN DEL ESPÍRITU	28
EDUCADORES CREATIVOS	28
CÓMO SE EDUCA LA CREATIVIDAD	31
LOS PELIGROS DE LA CREATIVIDAD	33
PROFUNDIDAD	34
EL PUNTO DE PARTIDA	35
LAS MUCHAS PROFUNDIDADES	36
LA SUPERFICIALIDAD	42
CONÓCETE A TI MISMO	44

UN PASO MÁS ALLÁ	46
LA PROFUNDIDAD DEL EDUCADOR ES ESPIRITUAL	48
LOS RESULTADOS DESDE EL PUNTO DE VISTA EDUCATIVO	49
VISIÓN	52
EL CAMBIO	53
MISIÓN, VISIÓN, VALORES, OBJETIVOS	59
LA <i>VISIÓN</i>	60
LA <i>VISIÓN</i> EN EL ÁMBITO EDUCATIVO	63
EL ENTORNO EDUCATIVO: MIRAR HACIA EL FUTURO DE LA ESTRUCTURA	63
LA <i>VISIÓN</i> SOBRE LOS JÓVENES: MIRAR HACIA SU FUTURO	70
LA <i>VISIÓN</i> DE NOSOTROS MISMOS COMO EDUCADORES: MIRAR HACIA NUESTRO FUTURO	73
OBSERVACIONES FINALES	76

PRESENTACIÓN

“Las virtudes del buen maestro” son parte del patrimonio ético y espiritual lasaliano desde los primeros tiempos. En las primeras ediciones de la Colección de Breves Tratados ya encontramos la lista de las doce virtudes: gravedad, silencio, humildad, prudencia, sabiduría, paciencia, contención, suavidad, celo, vigilancia, piedad y generosidad. La primera edición impresa es la de 1711. Es muy probable que sus breves tratados tuvieran una existencia autónoma y manuscrita previa.

Lo llamativo de esta lista es que, hasta cierto punto, conformó el conjunto deontológico de la primera comunidad lasaliana. Podríamos comprenderlos como una armonía de ecos del espíritu del Instituto en la relación pedagógica.

Poco menos de un siglo después, fue el H. Agatón, Superior General en tiempos de la Revolución Francesa, quien intentó repensar el conjunto desde la cultura que le era contemporánea. Aquellos maestros se habían profesionalizado y especializado suficientemente como para revisar sus propios fundamentos. Su empeño era el de crear una literatura específica nueva. Entre otras iniciativas, redacta un comentario de las doce virtudes. En él, incluso, argumenta la reforma del ordenamiento que el Sr. De La Salle había dado a las virtudes en función de articular un discurso más lógico.

Ahora, más de un siglo después, el H. Gabriele Di Giovanni, ha querido prestar atención a uno de los documentos más importantes que el Instituto ha elaborado al comienzo de este siglo XXI y encontrar en esta Declaración sobre la Misión Lasaliana, nuevamente, una ética docente que arraiga en una experiencia espiritual.

Agradecemos su trabajo al mismo tiempo que hacemos votos para que nos ayude a todos a una vivencia de nuestra tarea como un ministerio fecundo que sea testimonio de otro mundo posible.

Hno. Santiago Rodríguez Mancini, FSC
Director de la Oficina del Patrimonio Lasaliano e Investigación

El autor



Gabriele Di Giovanni es Hermano de las Escuelas Cristianas.

Nacido en Roma en 1957, es antiguo alumno de la Escuela Angelo Braschi.

Licenciado en Pedagogía y Doctor en Teología, ha explorado la vocación lasaliana desde muchos puntos de vista. Ha sido maestro de primaria, profesor, director y director de comunidad. En 1991 asistió a la SIEL (*Session*

Internationale d'Études Lasalliennes). Ha desempeñado diversos cargos en el Distrito que le han llevado a participar en las Comisiones europeas relacionadas con ellos. Sus intereses se centran principalmente en el ámbito pedagógico, pastoral y catequético (dirige la revista *Sussidi per la catechesi*).

Ha sido encargado de la Familia Lasaliana, se ha ocupado, y sigue ocupándose, de la formación de profesores. Ha participado en los 45.º y 46.º Capítulos Generales. Actualmente es Visitador del Distrito de Italia de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Ha publicado diversos libros y artículos en el ámbito lasaliano y catequético. La presente publicación recoge algunas intervenciones realizadas en *Sussidi per la Catechesi*.

INTRODUCCIÓN

La Salle y los primeros Hermanos, al final de la Guía de las Escuelas, la obra pedagógica por excelencia del mundo lasaliano, enumeran 12 virtudes del buen maestro, sin hacer más comentarios. Posteriormente, el Hno. Agatón,¹ Joseph Gonlieu, Superior General de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (FSC) en la época de la Revolución Francesa, las comentó de manera más articulada en un texto también breve, y de esta forma entraron en la tradición educativa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, convirtiéndose en un pequeño clásico que permite acceder a su estilo educativo.

La lista de las 12 virtudes es la siguiente:

- Gravedad
- Silencio
- Humildad
- Prudencia
- Sabiduría
- Paciencia
- Mesura
- Mansedumbre
- Celo
- Vigilancia
- Piedad
- Generosidad

Más recientemente, la *Declaración sobre la Misión Educativa Lasaliana. Desafíos, convicciones, esperanzas* (2019) afirma por su parte:

Si algo distingue la propuesta lasaliana, desde sus orígenes, es la dignificación del maestro, la importancia asignada a su rol en el proceso educativo, y el reconocimiento de su capacidad para impactar la formación del carácter de los niños y jóvenes. En la actualidad han cambiado funciones, metodologías, paradigmas; no obstante, la presencia

¹ Para obtener información más detallada sobre su figura, véase F. Ricousse, « Frère Agathon, Supérieur Général del 1777 al 1798. L'expérience d'un siècle de pédagogie lasallienne : fidélité et adaptation », en *Rivista Lasalliana* 1, 2014, pp. 111-126. También hay breves notas en Wikipedia.

*de un maestro **íntegro, generoso, creativo, y respetuoso** sigue siendo el elemento primordial para el éxito del proceso educativo.*

***Integridad, ejemplo, profundidad, visión, respeto, ternura, celo ardiente, fe y esperanza** siempre serán virtudes que caracterizarán al maestro íntegro y hábil para la mediación. Haciendo uso de todas sus virtudes, señala caminos, impulsa a soñar, muestra horizontes, acompaña hacia la conquista de la autonomía, desafía, y genera escenarios mediadores. El resultado de todas estas acciones es el crecimiento personal del educando, la potencialización de sus capacidades personales y la solidaridad con los proyectos comunes.*

*No en vano, San Juan Bautista de La Salle concibió al maestro como **hermano mayor, ángel custodio, ministro de Jesucristo, modelo a seguir, reflejo de la trascendencia y la hondura, e inspirador de oportunidades y proyectos**. La rica relación educativa que crea es generadora de vida, formadora del carácter, posibilitadora del aprendizaje, constructora de fraternidad, y potenciadora de la vocación personal de cada niño y joven que educa.*

La lista clásica de las «buenas virtudes» se enriquece, aunque cuando la *Declaración* utiliza las mismas palabras (por ejemplo, ternura), las utiliza y las declina de manera diferente. Es una lista «nueva»: lo esencial de la función docente permanece.

Esta última es una afirmación de principio con la que nos sentimos identificados. Sin embargo, nos parece una afirmación que hoy debe actualizarse, porque el mundo ha cambiado. Y debe ser actualizada también y sobre todo desde el punto de vista espiritual y teológico. Es convicción del autor que la acción de educar tiene una dimensión eminentemente espiritual y que es un camino de santidad, incluso en el contexto educativo que está cambiando rápidamente.

¿Cuál es la función del educador hoy?

Ayer

En tiempos de Agatón, a finales del siglo XVIII, el docente tenía una función relevante y era absolutamente transcendental insistir en ello.

Esta fue, entre otras cosas, la principal lección de Juan Bautista de La Salle: una buena escuela se gestiona por buenos maestros junto con una organización práctica excelente y detallada, en función del objetivo; por sí misma logra solventar la mayoría de los problemas, anticipándolos. Por eso, La Salle se preocupó de formar a los maestros en profundidad y, al mismo tiempo, se preocupó de organizar la escuela para que «funcionara bien», lo que al final significaba que los niños la frecuentaban con alegría, que estaban contentos de asistir a la escuela. Esto ya era un ideal para nada insustancial.

En realidad, una de las principales razones para ir a la escuela, además de estar con los compañeros (esta siempre ha sido la verdadera razón), era encontrar adultos que se interesaran por nosotros de la manera adecuada. Creo que nadie ha ido nunca a clase con el objeto de estudiar matemáticas o historia: para las materias están los libros. Eso era el pan: el buen profesor te lo desmenuzaba y, si era excepcional, te lo hacía saborear. Para ello tenía que ser un «buen» maestro. Agatón te enseñaba a serlo, haciéndote reflexionar sobre las virtudes que debías adquirir.

Hoy

Quizás las cosas ya no sean así. La transmisión del conocimiento se produce de forma diferente y más variada: la escuela, el lugar que el Estado moderno ha destinado a este fin financiándolo, hoy día es una agencia educativa más entre otras y quizás ni siquiera la más influyente: ¿cuántos debates hemos escuchado durante décadas sobre el papel «des-educativo» que desempeñan los medios de comunicación?

El periodo del Covid nos ha enfrentado a todos a la realidad de la educación a distancia y de los medios que se pueden utilizar en la actualidad. ¿Los libros? Parece que cada vez son menos necesarios.

En Wikipedia se encuentra de todo, desde la transformada de Fourier hasta la regla del uso de la h (he comprobado ambas cosas) y hoy se ha añadido la IA. Atención: en las redes no solo se encuentra la ilustración, sino también la explicación, a menudo bien hecha... entonces, ¿para qué sirven los docentes que imparten explicaciones? Quizás sea necesario cambiar la forma de enseñar.

La escuela que cambia

En un mundo cambiante la escuela también «debería» cambiar. Debería, porque la estructura escolar es una de las que más se resiste al cambio, al menos en Italia. Todavía hoy, ir a la escuela significa entrar en un aula con pupitres alineados, situados frente a la mesa del profesor detrás de la cual hay una pizarra, quizá sustituida hoy por una PDI (pizarra digital interactiva). La mesa, a veces todavía situada sobre una tarima (por otra parte, para poder ver a todos), detrás de la cual se sienta el profesor. Todavía hoy se va a la escuela (también me refiero a la universidad) para «escuchar» al profesor, para aprender de él, para recibir indicaciones de estudio, con el fin de aprender luego por cuenta propia (¡ay, el método de estudio que, ¡quién sabe por qué, algunos nunca han tenido!), para ser interrogados, para ser aprobados y esperar encontrar un trabajo adecuado a los resultados obtenidos.

Pero, ¿tiene que ser siempre así? ¿No se puede empezar a soñar, a pensar en otra escuela? ¿Y qué papel encontrará el educador en ella? ¿Con qué valores espirituales por desarrollar?

Una importante precisión

¿Qué entendemos por virtud?

La virtud es una cualidad personal adquirida a través de la práctica frecuente de buenas acciones. En esta definición debemos tener en cuenta dos aspectos.

La primera expresión que hemos de considerar es «buenas acciones»: «buenas» no significa «fáciles», sino que tienen un valor positivo para nosotros y para los demás. Realizar buenas acciones es el resultado de elecciones voluntarias, a veces difíciles, que la costumbre hace que sean cada vez más fáciles y, en algunos casos, nos lleva casi a adquirir una segunda naturaleza.

La segunda expresión es «cualidad adquirida». No se nace virtuoso. Se llega a serlo con el ejercicio consciente que solo es posible a través del autocontrol y la elección voluntaria repetida. La virtud es quizás el fruto más destacado de la educación: una idea antigua, pero quizás poco recordada actualmente.

En este sentido, la adquisición de las virtudes es una especie de camino ascético en el que aprendemos a hacer el bien regularmente, casi como si no nos requiriera ningún esfuerzo: al virtuoso le resulta casi natural, o al menos eso parece.

Pero no queremos introducir el concepto de virtud en la idea de esfuerzo muscular. Como imagen (una de las posibles) nos remitimos a la secuencia de la película *El último samurái*, donde el protagonista aprende progresivamente el arte del combate con la espada. El ejercicio repetido, el entrenamiento, conduce a un gesto armonioso que parece natural.

Sobre todo, un educador no trabaja con la intención de desarrollar estas virtudes para sí mismo: lo hace por sus discípulos. El objetivo no es la perfección personal: el objetivo es la misión de educar.

Es un hecho que para educar debemos convertirnos en mejores personas de lo que somos. Y esto para evitar dos peligros presentes al menos en Italia.

El primero. Es muy fácil acercarse a los jóvenes sin haberse trabajado uno a sí mismo, como si fuera un don totalmente natural o simplemente confiado a la buena voluntad. El concepto mismo de virtud implica que se requiere ejercicio. Pero tal vez hoy día ni siquiera se piensa en el hecho de que un educador debe tener virtudes especiales:

¿no basta con la buena voluntad? ¿No es suficiente con querer acompañar a los jóvenes? Desafortunadamente, no.

La educación no es una actividad de voluntariado: puede serlo al principio, pero rápidamente debe evolucionar. Como voluntarios podemos dar algunas clases particulares y encontrar en ello una satisfacción personal, pero educar es otra cosa. La afirmación es cruda, pero la dejamos en su crudeza a la reflexión del lector.

El segundo peligro es similar al primero: tener en cuenta solo «qué decir», sin considerar nunca «cómo» y «a quién». Hemos logrado amar disciplinas imposibles solo porque las personas que hemos conocido han sabido transmitirnos algo. El contenido por sí solo, aunque sea esencial, no basta para educar. Por supuesto que hay que tener contenido, pero ellos no creerán en el contenido, creerán en nosotros. Y lo harán de verdad si tenemos contenido. Lo esencial se llama «caridad», que casualmente es, en términos cristianos, una virtud teologal. También en este caso invitamos al lector a reflexionar.

Nota editorial

Los textos aquí propuestos son una reelaboración (gracias a la Sra. Ilaria Iadeluca) de una serie de artículos aparecidos en *Sussidi per la catechesi*, histórica revista de los lasalianos italianos. De hecho, a lo largo del tiempo se han comentado todas las virtudes del buen maestro, tanto las tradicionales (basadas en una nueva traducción italiana del texto de Agatón) como las nuevas propuestas por la Declaración.

Por lo tanto, en italiano existe un comentario completo y bastante sustancioso sobre las «antiguas y nuevas virtudes del buen maestro». Sin embargo, este texto aún no se ha publicado de forma organizada ni se ha traducido. Quien lo desee puede solicitarlo al autor.

De ese comentario extraemos aquí solo tres «nuevas» virtudes recogidas en la Declaración:

- Creatividad
- Profundidad
- Visión

Al tratarse de «nuevas virtudes», por el momento no se han buscado las posibles referencias lasalianas que podrían existir y que existen: esta sería una labor puntual que se podría realizar en el futuro.

El estilo adoptado en su presentación, aunque a veces asertivo, pretende ser estimulante, para que el lector desarrolle por sí mismo más profundizaciones. El análisis se realiza a partir de la lengua italiana, lo que puede crear algunos problemas por posibles desviaciones de significado en otros idiomas.

LA CREATIVIDAD

La creatividad no parece ser una virtud (es decir, algo que se puede adquirir mediante el ejercicio, la práctica, hasta convertirse en una actitud), sino que más bien parece ser un don personal: se nace creativo, es una cualidad de la persona, no una virtud. Esta percepción se basa en dos supuestos discutibles.

El primero confunde la creatividad con la espontaneidad, que es la capacidad de expresarse sin demasiados filtros, de forma directa, no artificial y, por lo tanto, «nueva», «ingenua». Es una cualidad que atribuimos naturalmente a los niños (a quienes elogiamos), pero que también tienen los adultos (y de la que a veces nos quejamos: al fin y al cabo, puede resultar una falta de educación). Nos gusta la espontaneidad porque nos hace sentir libres. Pero no es creatividad. La espontaneidad se basa en la naturaleza, la creatividad produce cultura.

Pensar que ambas cosas van de la mano significa partir de la premisa de que, dado que todos somos portadores de una creatividad natural, esta aparece por sí sola si no la filtramos. Pero una cosa es ser únicos e irrepetibles y otra ser creativos: lo primero tiene que ver con nuestro ser; lo segundo con nuestro hacer. Desde esta perspectiva, todos deberíamos ser creativos por el simple hecho de existir. Pero quizá todos seamos repetitivos, no creativos.

La segunda idea, que nos hace ver la creatividad como una cualidad innata, depende del hecho de que generalmente la vinculamos al genio y a lo artístico, es decir, a sectores en los que cuenta más la intuición personal (a menudo identificable con el gusto) que el razonamiento consecuente. Visto así, la creatividad es algo esotérico, misterioso, que solo puede pertenecer a unos pocos elegidos, y se olvida que los pintores, escultores, actores y directores no nacen: se convierten en lo que son a través de un duro aprendizaje de aplicación y estudio, una base de partida adecuada y, a veces (si llega el éxito), también gracias a una pizca de suerte.

Mirando las cosas de manera más simple, cuando pensamos en una persona creativa, pensamos en alguien que en un contexto determinado (moda, diseño, arte, cocina, incluso en las finanzas... ¿educación?) produce novedades, algo (aunque sea simplemente un detalle)

que ayer no existía. Evidentemente, es una forma muy amplia de entender el concepto.

Sin embargo, una cosa es cierta: la creatividad tiene que ver con lo «nuevo» y hay que tener cuidado con esto.

La novedad (lo que hoy atribuimos a lo creativo), de hecho, no es lo absolutamente nuevo: es lo nuevo cotidiano, ese toque de diversidad que despierta la curiosidad del momento.

La novedad es efímera (mañana habrá que encontrar otra), toca la superficie, mientras que lo nuevo va en profundidad, cambia las cosas y a las personas. Nuevo es un hijo, novedad es el resultado de un partido de fútbol.

Entonces, cuando hoy hablamos de creatividad, ¿a qué y a quién nos referimos realmente: a la novedad o a lo nuevo?

Qohélet sostenía, como si fuera una constatación evidente, que «no hay nada nuevo bajo el sol» y que, aunque hagamos muchas cosas diferentes (por lo tanto, relativamente nuevas, al menos para nosotros), al final el mundo sigue ahí, apenas perceptible nuestra presencia personal. San Hilario de Poitiers, confirmando al sabio del Antiguo Testamento, veía la única novedad humana en Cristo, que *omnes novitatem attulit semetipsum afferens*.²

Por último, hay que hacer una observación nada trivial sobre el estímulo de nuestra capacidad de fantasía (creativa en sentido amplio) utilizando sustancias más o menos lícitas.

No queremos abrir aquí un debate que sería interminable. Digamos simplemente que las personas se «ayudan» a mantener la creatividad que proviene de recurrir a su propio mundo de fantasía. En el mundo

2 La frase, tomada de la obra *Adversus Haereses* (pero que también se hizo famosa gracias a San Ireneo de Lyon, quien expresó un concepto idéntico), se refiere al misterio de la Encarnación. «Trajo toda novedad, trayéndose a sí mismo».

actual parece haberse convertido en una práctica cada vez más extendida en ciertos niveles y en ciertos entornos «creativos» para soportar el estrés de tener que mantener los ritmos que exige la realidad actual y de tener que producir siempre «novedades», en una época en la que a algunos les parece que ya se ha dicho todo. Leído así, el consumo de sustancias encuentra su aparente justificación, al menos en quienes recurren a él. El problema es que con el consumo se desarrolla la dependencia: la creatividad buscada se revela como una esclavitud encontrada, que ya no está hecha de fantasía, sino de alucinaciones que al final también se necesitan para no sentirse mal.

Es una cuestión seria que no tiene una solución fácil. Sin caer en moralismos fáciles y sin querer juzgar a nadie, podemos decir que la creatividad drogada es una creatividad inducida, forzada. ¿Es verdadera creatividad?

Estamos al mismo nivel que el dopaje en el deporte: aunque se alcance el resultado, no se reconoce: es una falsedad en acto público. Por el contrario, según los parámetros actuales, si el consumo de sustancias te lleva a producir un disco que tiene éxito, sí, es creatividad. Contradicciones de hoy. Y, en cualquier caso, la creatividad drogada es una creatividad que se paga con la vida. Quizás convenga preguntarse si vale la pena. Sin duda, sí; si nuestro único dios es el dinero y el éxito.

LOS MÚLTIPLES SIGNIFICADOS DE CREAR

El término adquiere diferentes matices de significado que intentaremos analizar: idear, concebir, inventar, descubrir... A través de estos diferentes significados encontraremos la manera de hablar de la creatividad en el ámbito educativo.

Nombrar

El primer significado (que generalmente no se tiene en cuenta) lo obtenemos de la Biblia.

En sentido estricto, «crear», es decir, producir algo que antes no existía, es típicamente solo de Dios. Según las Escrituras, Él crea de la nada utilizando la Palabra: mientras su Espíritu (ruah) se cierne sobre las aguas, dice, y las cosas son, vienen a ser. Antes no existían.

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, participa de este poder.

Todos recordamos el momento bíblico en el que el hombre es emplazado a dar «nombre» a los animales y a las cosas: no los «crea» porque ya existen, pero los « nombra » y, en este sentido, los lleva a existir en su mundo, que podemos llamar cultural (el punto de partida de la cultura es el culto). Y al nombrarlos, adquiere poder sobre ellos: los controla.

Este mecanismo (la posibilidad de nombrar) es la base del conocimiento y la ciencia humana: lo desconocido, por definición, es lo que no tiene nombre y, como tal, nos asusta y nos intriga. Al nombrarlo, nos parece que llegamos a conocerlo, que conseguimos traerlo a nuestro mundo.

Por eso, conocer las palabras es poder: los muchachos de Barbiana³ lo habían comprendido perfectamente.

Pero, precisamente porque las palabras son poder, nombrar presenta riesgos y exige una responsabilidad nada trivial. Y por eso la mayoría de los procesos educativos, las enseñanzas, las disciplinas, se centran en el conocimiento de las palabras que las componen.

No es solo un hecho literario o meramente lingüístico: tangente, mediana, paralelas, amperio, vatio, faradio, campo electromagnético, espín, son palabras que hacen referencia a realidades físicas y que solo asustan a quienes no las conocen, a quienes no saben manejarlas. Y esta observación ya abre un amplio campo de reflexión pedagógica.

3 Barbiana es el pueblecito donde tuvo lugar la experiencia educativa de Don Lorenzo Milani. Entre los textos de referencia, destacamos «Lettera ad una professoressa» (Carta a una maestra).

La cuestión es que dar nombre a las cosas es una actividad que todos podemos hacer: y lo hacemos desde pequeños inventando nuestro propio lenguaje de fantasía. Que sigue siendo nuestro: en el momento en que pasa a ser de todos, lo llamamos cultura.

Mantener y desarrollar la capacidad de «nombrar» desde la perspectiva descrita entra de pleno derecho en el discurso sobre la creatividad humana, entendida también en sentido social: valoremos el impacto histórico de la palabra «igualdad», propuesta por los revolucionarios franceses, pero que los matemáticos han eliminado hoy de su vocabulario.

En el contexto humano, «crear» es ante todo tener la capacidad de «nombrar»; una capacidad que nos viene directamente de Dios y que corremos el riesgo de distorsionar con el uso que hacemos de ella.

En algunos casos, los nombres se aprenden porque ya han sido asignados (es lo que llamamos cultura depositada); en otros casos, hay que inventarlos. Equipos dedicados lo hacen para un nuevo modelo de automóvil o para un nuevo producto que se va a comercializar... Nombrar las cosas se ha convertido en un trabajo (creativo).

Imaginar

Es la facultad que tenemos de crear imágenes, de representar con la mente cosas más o menos reales.

También lo llamamos imaginación. Por lo general, pensamos que la creatividad de una persona está relacionada con su imaginación. El término proviene del griego y tiene su raíz en «mostrar» (faino), es decir, la capacidad de ver y hacer ver algo, sobre todo en ausencia de la cosa misma. La imaginación produce novedades en nuestra mente, no tanto en la realidad. Por lo tanto, es ante todo una herramienta cognitiva que nos permite acercarnos a las cosas (quizás, mejor dicho, a las situaciones), anticiparlas de alguna manera, no tanto en su realidad, sino en el impacto (en las expectativas) que podrían tener sobre nosotros.

Es esta característica la que actualmente hace tan importantes a las artes visuales modernas. El hombre prehistórico también imaginaba y dibujaba pinturas en las rocas, pero desde que descubrimos la posibilidad de dar movimiento a las imágenes (el cine con todas sus variantes audiovisuales posteriores), nuestro mundo fantástico ha explotado.

Para algunos, demasiado. Ahora incluso le hemos dado un nombre, «realidad virtual», que se ha convertido en una realidad paralela a la de nuestra vida cotidiana. Tan fuerte que algunos, sobre todo los jóvenes que se pasan toda la noche pegados a sus videojuegos, viven más en ella que en el mundo real. Es realmente un problema.

Es un punto que hay que tener muy presente en el ámbito pedagógico por diversas razones.

En primer lugar, es una cuestión de aprendizaje: una imagen, la secuencia de una película, pueden enseñar más que las simples palabras, porque encuentran en nosotros un terreno ya predispuesto a imaginar. Son una posibilidad, pueden ser un peligro. Es una cuestión social y humana: no es bueno vivir alejado del mundo real, donde no hay posibilidad de volver a empezar cada vez que se pulsa un botón.

Pero demonizarlo, como hacemos fácilmente los adultos, no sirve de nada. Lo importante es ser consciente de la diversidad de los dos mundos (el virtual y el real) sin confundirlos y, quizás (atención: esto es importante), sin dejarse absorber por uno solo de ellos. Porque incluso en el mundo real, no podemos evitar imaginar. No podríamos vivir.

¿Qué pone en marcha la imaginación? No hay una respuesta sencilla.

Un dulce mojado en leche: a partir de este recuerdo sensorial, Proust desarrolló su *Recherche*. Pero Dante, incluso con la sensación gustativa del pan salado ajeno, construyó quizás su Comedia con la variedad de sus situaciones, sobre estructuras conceptuales muy articuladas y sentimientos fuertes. Sin embargo, algo (aunque no sea particularmente importante: una palabra, un recuerdo, una sensación) debe impactarnos profundamente para que nuestros mecanismos fantásticos se pongan en marcha y nos transporten. Para que esto suceda,

se necesita «contemplación», tal vez solo la nariz pegada a la ventana para ver la lluvia caer, o levantar la cabeza de un libro después de un pasaje que nos ha involucrado particularmente.

La fantasía: nace de nuestra esfera emocional más que de nuestro razonamiento lógico. Se activa cuando esta esfera se ve afectada. Además, para «fantasear» se necesita tiempo, del que sin duda disponemos poco si nos vemos obligados a ganarnos el pan de cada día. Y el hambre hace que tengamos sueños extraños.

El sueño: la fantasía, en su poder imaginativo, se acerca a él y, a veces, se confunde con él. De hecho, en los sueños desarrollamos capacidades fantásticas. Todos soñamos, aunque luego, al despertar, no todos recordamos lo que hemos soñado. Cuando dormimos, todos somos creativos; cuando estamos despiertos, lo somos un poco menos. Pero los sueños se pueden tener con los ojos cerrados (mientras se duerme) o con los ojos abiertos (despiertos) y, en este caso, la fantasía puede crearnos algunos problemas y se vincula a la ilusión.

En sentido positivo, la imaginación es una facultad que nos ayuda a representar la realidad; en sentido negativo, puede entenderse como una especie de huida de ella (fantaseando). Sin contar que existe toda una dimensión de lo fantástico que no es nada tranquilizadora: junto con los sueños agradables, también vienen las pesadillas. Junto con el sueño de una realidad utópica, también somos capaces de imaginar (y lo hacemos cada vez más a menudo en relación con los problemas ecológicos a los que nos enfrentamos hoy en día en el mundo) realidades distópicas.

El sueño es claramente un amplio tema de estudio y desarrolla una serie de significados que aquí es imposible profundizar. Digamos simplemente que, en general, cuando soñamos mientras dormimos, más que crear nuevas imágenes, reelaboramos de forma fantástica lo que nos sucede en la vida. Todos sabemos que la interpretación de los sueños es una herramienta para conocernos en profundidad y es una actividad en la que necesitamos ayuda: en el fondo, se trata de «nombrar» lo que percibimos interiormente. Para ello se necesita estudio y práctica clínica.

Inventar

Además de nombrar e imaginar, el ser humano es capaz de inventar, que en su origen latino indica «encontrar» y que en italiano ha permanecido en el término «trovata», en el sentido de una idea improvisada. Y aquí tocamos una característica diferente de la creatividad.

Inventar (idear, planear) se refiere a la actividad práctica o incluso solo imaginativa de dar vida a algo que antes no existía. Ciertamente, en el sentido común está más relacionado con las cosas: se inventan artilugios, máquinas, sistemas mecánicos, no tanto música u objetos artísticos. No es casualidad que el icono común del inventor sea el Arquímedes Pitagórico de Disney. La capacidad humana para inventar máquinas resulta asombrosa hoy: nos ofrece una sensación de poder que antes desconocíamos.

Inventar parece tener que ver con un tipo particular de creatividad, que no tanto produce lo nuevo, sino que consigue ver una nueva aplicación. De hecho, los instrumentos que inventamos traducen en la práctica algunos descubrimientos físicos: sin las teorías matemáticas (demostradas) de Shannon, muchos objetos «nuevos», que definimos como inventados y que ahora son de uso común, habrían sido imposibles, ni Arquímedes habría detenido la flota romana incendiándola si no hubiera comprendido el nuevo uso de los espejos.⁴ En definitiva, nos parece que inventar, algo claramente relacionado con la creatividad, tiene poco de romántico y mucho de estudio.

Descubrir

El término se refiere a la actividad que nos lleva no tanto a producir cosas nuevas, sino a sacarlas a la luz (revelarlas, en el sentido de

4 Durante la segunda Guerra Púnica (214-212 a.C.), la ciudad de Siracusa fue atacada por las fuerzas romanas lideradas por el cónsul Marcelo. Según la tradición, Arquímedes habría utilizado una serie de espejos de bronce pulidos para reflejar los rayos del sol y concentrarlos en un único punto de los barcos romanos, provocando su incendio a distancia.

quitarles el velo) y, al hacerlo, hacerlas parecer nuevas, en el sentido de nunca antes vistas.

El descubrimiento parece ser prerrogativa de la ciencia o, mejor dicho, de una actitud científica, que no es típica solo de las ciencias físicas, sino de cualquier disciplina que se lleve a cabo con métodos reconocidos. Incluso el descubrimiento de un manuscrito antiguo puede arrojar nueva luz, aportar novedades, recrear la historia siempre narrada...

La lógica del descubrimiento científico (título de un famoso libro de Popper, 1934) está profundamente ligada a la investigación y al método que utilizamos. Y es fácil insistir en la necesidad de la investigación: es lo que nos hace humanos, nunca satisfechos con los resultados obtenidos, porque hemos nacido «*non a viver come bruti, ma per seguir virtute e canoscenza*».⁵

Es un tema muy investigado, por lo que no nos detendremos en él. Digamos simplemente que, también en este caso, parece que hay poco de sentimentalismo y mucho de razonamiento, de método, de investigación de campo, de compromiso continuo e incansable. Sin embargo, es cierto que muchos descubrimientos se produjeron casi por casualidad, mientras se buscaba otra cosa: Colón buscaba las Indias y encontró América sin saberlo. Lo mismo ocurre con la penicilina.

Innovar

No se trata de «renovar» en el sentido de dar una mano de pintura fresca a las paredes o sustituir los muebles de una habitación, sino de introducir nuevos elementos que cambian progresivamente todo el sistema. Dicho así, hay que reconocer que vivimos en una innovación constante. Pensemos en cómo ha cambiado la vida con la llegada de la electricidad y de todos los aparatos domésticos relacionados con ella, cuya existencia antes ni siquiera se imaginaba.

5 Dante, Divina Comedia, Infierno, canto XXVI.

De los términos analizados hasta ahora, quizás «innovar» sea el más utilizado en el ámbito educativo, debido también al uso cada vez más masivo de las herramientas digitales, que inevitablemente cambian la forma de enseñar y aprender. Sin embargo, se habla de innovación sobre todo en relación con los procesos industriales, cada vez más robotizados y cada vez menos dependientes de la mano de obra humana. Este es un dato que hay que comprender también en función de una reflexión educativa: se puede percibir como una amenaza (las máquinas están excluyendo al hombre) o como una gran oportunidad (las máquinas nos liberan del trabajo repetitivo y alienante y nos devuelven la libertad de poder dedicarnos a algo más satisfactorio).

En ambos casos, no hay que cometer el error de antropomorfizar las máquinas, que siempre necesitarán a alguien que las encienda y las dirija: siguen siendo herramientas y el poder (con la responsabilidad correspondiente) sigue recayendo en quienes las utilizan. Pero esos son otros problemas. Nos interesa subrayar que la idea actual de creatividad también incluye, con toda razón, la idea y la práctica de la innovación.

Recordar

Último significado, si bien no por ello menos importante, que nos parece que podemos vincular a la creatividad humana.

A primera vista, el recuerdo parece exactamente lo contrario de lo creativo. El recuerdo parece referirse al pasado, mientras que lo creativo, como hemos visto, se refiere a lo nuevo. Sin embargo, en la mitología griega, *Mnemosine*, la memoria, es la madre de las musas (su padre es Zeus) y las musas son las divinidades inspiradoras de todas las artes humanas (por eso «olímpicas»), es decir, la fuente divina de la creatividad. ¿Por qué esta identificación mitológica entre la memoria y la creatividad?

Por la razón que hemos dicho: la creatividad humana nunca supone crear de la nada (eso solo lo hace Dios), sino más bien transformar (dar nueva forma). Es el discurso sobre la diferencia entre nuevo y

novedad que hacíamos anteriormente. Digámoslo de otra manera: en la naturaleza (y nosotros estamos en la naturaleza) nada se crea, nada se destruye, sino que todo se transforma. Es el postulado fundamental de Lavoisier, algo que tiene que ver con el mundo físico, pero que nos parece que puede extenderse al mundo espiritual. La novedad con respecto al recuerdo no viene dada tanto por el mero hecho de recordar, sino por leerlo desde un punto de vista diferente: lo vivido se «revive», pero de una manera nueva. Se actualiza.

En el lenguaje cristiano, es lo que ocurre cada vez que celebramos la eucaristía: recordamos el gesto de Jesús al partir el pan y, al mismo tiempo, ese gesto lo hace presente, nuevo.

Es la lección que nos ofrece Proust. Los acontecimientos pasados (incluso los más banales, pero no por ello menos evocadores) se releen y se transfiguran: evocan lo vivido, pero son nuevos.

Por otra parte, para juzgar algo como «nuevo», siempre debemos compararlo con algo que ya existe. Si no fuera así, ni siquiera podríamos definirlo como nuevo. Si la creatividad nos enorgullece y a veces nos desequilibra por lo que creemos que hacemos, el recuerdo nos hace humildes, nos sitúa en la historia, nos pone en orden. Por lo tanto, para ser creativos no hay que perder el sentido de la historia.

En síntesis

La creatividad se compone de muchas cosas. Si es válida la idea de que es una virtud y, por lo tanto, algo que podemos adquirir con la práctica, es evidente que, ejerciéndola y practicando todos los diferentes significados identificados, dicha virtud se puede ganar, al menos en parte. Pero, como en todas las cosas, hay que quererlo.

Lo que queremos decir es que en este campo no hay que desanimarse: de alguna manera, todos podemos ser creativos. De hecho, nos parece que, contrariamente a lo que se piensa hoy día, la creatividad, sobre todo en el ámbito educativo, no debe buscarse de forma desesperada:

vendrá por sí sola si somos capaces de insistir en los ámbitos indicados. Seremos creativos sin haberlo buscado.

LA FUNCIÓN DEL ESPÍRITU

Nombrar, inventar, descubrir, innovar, recordar... Como creyentes, nos preguntamos por el sentido de lo que hemos dicho sobre la creatividad humana. De hecho, nos parece que esta vive en estrecha relación con la presencia del Espíritu en nosotros. Fundamentalmente, la perspectiva cristiana ve en la creatividad humana un reflejo de la acción divina, un principio espiritual atribuible a la acción del Espíritu en cada uno de nosotros. Inspiración, intuición, iluminación, discernimiento son los términos implicados, no siempre claros y distintos, que se refieren a nuestro mundo interior, a nuestra dimensión espiritual. Espiritual porque habitada por el Espíritu.

La reflexión teológica se ha interrogado sobre la función del Espíritu en la economía de la Salvación. Así, si el Padre crea el mundo, el Hijo lo redime y el Espíritu Santo lo santifica. Al asociar la creatividad humana al Espíritu, no podemos evitar relacionarla con su acción de santificación del mundo. El impulso a la creatividad que nos da el Espíritu se revela, al final, como una llamada a la santidad, que no es otra cosa que la novedad de vida que nos alcanza cuando abrazamos la novedad de Cristo. De hecho, el Espíritu nos lleva más allá de las novedades para hacernos alcanzar lo nuevo, Cristo, y lo hace enseñándonos todo, haciéndonoslo recordar.

EDUCADORES CREATIVOS

¿Qué se entiende, pues, cuando se dice que el educador de hoy debe ser creativo en el sentido de que debe poseer la virtud de la creatividad? La respuesta más inmediata y común a la pregunta es que no debe ser aburrido, que no debe contar siempre lo mismo: en definitiva, alguien que sepa mantener la atención. Al fin y al cabo, una especie de hombre espectáculo.

Creemos que es una forma de ver las cosas, aunque ciertamente no nos sentimos llamados a ponernos el atuendo de payaso (con el debido respeto a esta forma de arte). Sin embargo, a veces también son necesarias las indumentarias del actor y del cantautor. En cualquier caso, la creatividad que se exige al educador no es la del «creativo» tal y como lo entendemos hoy día: no está obligado a inventar cosas nuevas cada día, pero sí a evitar el aburrimiento.

Vencer el aburrimiento

El aburrimiento surge porque:

- El tema propuesto en ese momento concreto no interesa.
- Se presenta de forma plana, sin entusiasmo, sin pasión: parece que nos aburre a nosotros primero.
- El nivel de atención no resiste mucho.

Un educador aburrido es aquel que (por los temas que propone, por cómo los propone, por el tiempo que tarda en proponerlos) no despierta/mantiene la curiosidad/el interés de sus discípulos. Por lo tanto, el aburrimiento está relacionado con la pérdida de curiosidad.

El ser humano (a menudo lo olvidamos) es curioso por naturaleza: de ahí se deduce que, más que despertar la curiosidad, hay que saber mantenerla. Para conseguirlo, hay que pensar primero. Hay que organizar las cosas para que el interés no decaiga. Si decae, hay que encontrar la manera de recuperarlo. La mayor parte del trabajo de quien educa (y de su éxito) consiste en prepararse minuciosamente para el momento en que se encontrará con sus discípulos. Esto también se aplica al sacerdote que, al celebrar la eucaristía, tiene que pronunciar una homilía. Se aplica a cualquiera que se dirija a un público. Incluso una película puede ser aburrida.

El aburrimiento provocado por el tema puede superarse cambiando de argumento. No contar siempre lo mismo, por ejemplo, es fácil de

conseguir: cada día, sea cual sea la materia que se enseñe, hay algo nuevo que aprender, hay que educar para verlo, para descubrirlo. Para ello, primero debemos haberlo visto nosotros. Se dirá que es un discurso que puede tener sentido a nivel elemental, pero cuando hay que concluir obligatoriamente la explicación de un texto de Horacio que se tiene delante en original, parece que no hay escapatoria. Y no la hay, si lo único que pensamos que debemos hacer es volver a proponer el comentario escrito al pie, que acompaña al texto en letra pequeña: básicamente repitiéndolo.

Un educador aburrido es aquel que da la impresión de repetir lo que sabe. No repitamos: comentemos en serio sacando de «nuestra alforja», y será mucho más divertido para nosotros y para ellos. Esto también se aplica a un texto del Evangelio, leído infinitas veces. Deberíamos ser más conscientes de la belleza de «explicar», verbo que también se refiere a desplegar las velas, enfrentarse al viento y al mar. «Explicar», desplegar las cosas, ampliarlas, es para un educador una de las cosas más creativas que puede hacer. Pero para explicar, hay que haberlo entendido de verdad.

El aburrimiento provocado por una presentación anónima y plana se resuelve modulando dicha presentación. Podemos cambiar la voz, proponer un vídeo, animar una competición, un debate, contar una parábola, proponer ejemplos, hacer practicar un ejercicio. Lo importante es que las cosas no se dejen al azar: todo esto se llama organización didáctica. En dicha organización, todo es importante, pero sigue siendo esencial transmitir la percepción de que nosotros, en primer lugar, somos apasionados y creemos en lo que hacemos y decimos.

El aburrimiento derivado de la disminución física de la atención es un tema especialmente delicado hoy, cuando parece que los tiempos de atención están disminuyendo de forma acusada y se diagnostican trastornos de atención.

Después de un cierto tiempo (por evaluar), todos tenemos descensos de la atención (la señal evidente es el bostezo, si no es el «dormirse»): hay que aprender las técnicas para afrontarlos. En primer lugar, hay que aprender a hablar adecuadamente en relación con el público

que tenemos delante. Lars von Trier recortó por iniciativa propia la edición italiana de una de sus películas presentadas en Cannes con el argumento de que los italianos no aguantan las películas demasiado largas: ¿qué decir? Tenía toda la razón. La cuestión es: ¿cómo llegó a esa conclusión? Conocía a su público.

Como lo conocía Jesús, que decidió hablar en parábolas que hacían referencia a la vida cotidiana de sus oyentes.

CÓMO SE EDUCA LA CREATIVIDAD

Ya lo hemos mencionado anteriormente: la práctica de los diferentes significados que hemos asignado a la creatividad es la forma de educarse en ella. Veámoslos de forma muy breve y exhortativa, refiriéndonos directamente a la acción educativa. En general, para ser (convertirse en) creativo hay que mantenerse inteligible.

Si lo comprendemos desde el punto de vista cristiano, la creatividad consiste en dejar espacio al Espíritu, en dejarnos mover por Él, reconociendo su inspiración. Vale lo poco que hemos dicho antes sobre el Espíritu.

La práctica de recordar. En el Evangelio se dice que *«todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo»* (Mt 13,52).

Una buena práctica para recordar es llevar un diario (actualizado), no tanto para narrar, sino para anotar un pensamiento, un razonamiento, una imagen. Es de lo que somos y hemos sido de donde sacamos la idea nueva, la solución a un problema (escribámosla, porque servirá para precisarla).

La práctica de nombrar. No dejar nunca de aprender palabras nuevas, procedan del campo que procedan. Cada palabra nueva, y es una experiencia intelectual abrumadora, nos da una alegría especial, nos abre un mundo. Poseer las palabras (siempre que seamos nosotros quienes las poseemos y no ellas a nosotros) significa poseer la

realidad, al menos la que los hombres consideran tal. Para ello es necesario estudiar, leer, informarse en los más diversos campos: mantener la curiosidad, sea cual sea nuestra edad. En la práctica de nombrar está el contar, saber narrar un hecho, darle palabra y significado. Buenas prácticas pueden ser el uso habitual de diccionarios y perder el tiempo rellenando crucigramas.

La práctica de la imaginación. No dejar de soñar ni de fantasear. No es tiempo perdido, si no nos hemos perdido en el sueño. Es un hecho que no todo el mundo tiene una imaginación ferviente. En este caso, que es el de muchos, podemos confiar en la imaginación ajena expresada en libros, películas... Al principio será copiar, pero poco a poco adquiriremos la capacidad de elaborar por nosotros mismos. Tomemos el ejemplo de la pintura. Todos los grandes tuvieron una fase inicial en la que copiaban: les servía para aprender las técnicas y también para rechazar lo que estaban haciendo y buscar su propio camino. La imaginación se desarrolla utilizando conscientemente «modelos».

La práctica de la innovación. Básicamente significa estar abiertos, en la práctica concreta, a la experimentación, a no tener miedo a lo «nuevo». En algunos casos hay que buscar lo nuevo, en otros simplemente hay que aceptarlo: no es obligatorio casarse con él. Sin embargo, hay que ser consciente de ello. Esto solo es posible cuando estamos seguros de lo «viejo», nos sirve de comparación.

La práctica del descubrimiento. Nunca dejar de buscar, y no solo en nuestro sector específico: debemos cultivar el «asombro», porque es lo que nos acerca a lo nuevo. Hay que hacer un esfuerzo adicional para vencer nuestra sabia costumbre de no sorprendernos ya por nada.

La práctica de inventar. Entendemos el inventar como la capacidad de resolver problemas: nos quejamos de ellos a diario, pero nuestra vida consiste en eso. Podemos dejarnos abrumar por ellos o podemos verlos como oportunidades. No es seguro que encontremos la solución adecuada, pero al menos lo habremos intentado. Y eso es suficiente.

Aunque algunos de los significados de la creatividad identificados resulten más difíciles, en su conjunto compensarán las posibles

carencias, por lo que seguiremos siendo creativos, aunque solo sea recuperando con la memoria hechos, acontecimientos y experiencias.

LOS PELIGROS DE LA CREATIVIDAD

Después de analizar sus características, intentemos hacer un balance sobre un posible exceso de creatividad, sobre todo en el ámbito educativo. Un anuncio insistía en que el poder no sirve de nada si no se controla: se dispersa. Lo mismo ocurre con la creatividad: cuando no se canaliza, no se disciplina, solo puede generar caos. Necesitamos lo nuevo (el objetivo es no aburrir), pero no cada minuto: es como la sal, que se necesita en la cantidad justa. «Creatividad» no significa viajar por cuenta propia.

Agatón decía que cuando a un educador se le ocurrían ideas o métodos nuevos, antes de aplicarlos debía consultarlo con su superior. Por lo tanto: en la educación, sí a la creatividad, pero no a toda costa.

PROFUNDIDAD

Una virtud que se exige al maestro de hoy es la «profundidad». A primera vista, parecería una virtud de comprensión inmediata. Pero la «profundidad», si se analiza bien, no es tan fácil de definir: tiene muchos significados y evoca muchos aspectos.

En relación con la lista de La Salle, que Agatón comentó, nos parece en primer lugar que la profundidad educativa puede ir de la mano de la «gravedad». Y en esa lista, la gravedad ocupaba el primer lugar, lo que nos debe llevar a la prudencia. Pero tal vez, al exigir «profundidad» al educador de hoy, se le está pidiendo mucho más que seriedad y una buena preparación, que, en sí mismas, son características profesionales...

Ser profundo tiene que ver con una actitud habitual (esto lo hace virtuoso) de la persona que se dedica a la reflexión, a mirar hacia dentro, a profundizar, pero también con algo más que intentaremos identificar. Subrayamos que en nuestro proceder consideramos la «profundidad» siempre en el marco de las virtudes educativas, es decir, de los buenos hábitos que se pueden adquirir con la práctica. En definitiva, no se nace profundo: se llega a serlo y, nunca como en este caso, solo se llega a serlo si se quiere, porque, desde el punto de vista educativo, se ve la necesidad. El educador no puede permitirse no ser profundo.

Antes de describir brevemente los aspectos que conforman la «profundidad», es importante precisar que se trata de un concepto relativo al punto de observación: la profundidad siempre debe considerarse en relación con algo. La consecuencia es que, para hablar de «profundidad», primero hay que definir el punto de partida, ya que lo que es profundo para uno puede no serlo para otro.

EL PUNTO DE PARTIDA

Es la superficie, lo que está en plano. Esto también puede ser relativo: digamos que consideramos superficie la apariencia de las cosas, su manifestación. Esta apariencia puede:

- Remitirnos a otra cosa, que calificaremos como profunda;

- Hacernos detener en nosotros mismos, impidiéndonos ver otra cosa.

Aquí ocurre lo mismo que con lo «bello»: es tal que no podemos ver nada más, o bien nos sugiere una belleza adicional. Mucho depende del objeto y mucho depende del ojo que lo ve.

El requisito previo para hablar de profundidad es admitir que esta profundidad, que al principio quizá no se perciba, está presente en todo lo que vemos. La afirmación no es trivial y, sobre todo, no es obvia: hay que aceptar el hecho de que bajo el fenómeno (de la profundidad) se encuentra el concepto de *noumeno* (del griego *noúmenon*, «lo que se piensa»), de *doxa* (del griego dóxa, «opinión», «creencia») y de *aletheia* (del griego *alétheia*, «verdad», «no ocultamiento»). Lo que nos lleva a la reflexión metafísica más clásica.⁶

Hablar de profundidad, por lo tanto, no es sencillo: tiene que ver con algo que va más allá de lo que vemos sensiblemente. Y esto, por un lado, es el espacio de lo «espiritual» y, por otro, plantea el problema de comprender cómo este último se relaciona con lo que no parece ser espiritual.

Comencemos con un rápido repaso de los muchos significados que le damos a la palabra «profundidad». No es un ejercicio inútil: nos ayudará a definir el amplio espectro semántico del término.

LAS MUCHAS PROFUNDIDADES

1. La profundidad física

Desde un punto de vista puramente físico-material, para decir «profundo» bastaría con indicar a cuántos metros se encuentra una

⁶ La reflexión filosófica sobre este tema se ha cuestionado durante mucho tiempo con resultados dispares. En esencia, se trata de comprender si más allá de lo «físico» existe también lo «meta» físico.

determinada cosa de la superficie del suelo: 50, 100 metros de profundidad. Profundo como la fosa de las Marianas, donde se encuentra el abismo Challenger, el punto más profundo de la Tierra. En general, «profundo» desde el punto de vista físico es algo que está debajo. Por eso, «ser profundo» es un rasgo típico del mar y del agua, de donde parece haber surgido la vida misma: antes de nacer, ¿no estamos todos sumergidos en líquido?

En nuestro mundo físico, además, nos encontramos con altibajos, y hemos comprendido por experiencia que cada descenso (bajar) es también una subida y cada subida es un descenso: depende de la dirección en la que se tome el camino. Y si la subida es fatigante, el descenso puede resultar peligroso, porque se toma velocidad fácilmente y se corre el riesgo de hacerse daño.

Por último, en los objetos materiales, gracias a la fuerza de la gravedad, es posible definir el peso. La experiencia que tenemos en nuestro mundo nos muestra que todo peso tiende naturalmente hacia abajo: cae. La «pesadez» se vincula así de alguna manera a la profundidad: quien quiere batir el récord de profundidad en apnea se ata pesos para descender. Para llegar al fondo se necesita peso. Pero esta característica de la profundidad puede, a la larga, resultar un problema.

2. La profundidad geométrica

Está relacionada con la representación gráfica de los cuerpos sólidos: es una propiedad característica de los cuerpos sólidos (anchura, altura, profundidad, las tres dimensiones). Es la profundidad la que ofrece la tercera dimensión que permite definir un cuerpo, de lo contrario solo tendríamos superficies compuestas por anchura y altura. La anchura por sí sola es una línea, al igual que la altura: se convierten en sólidos cuando tienen profundidad. Para que la superficie adquiera consistencia, necesita profundidad, pero geoméricamente el lugar de esta no se puede definir a priori. La profundidad llega en tercer lugar, pero su ubicación depende de cómo miremos la superficie. Por lo tanto, la tercera dimensión debe descubrirse cada vez a partir del punto de vista en el que nos situamos al evaluar la superficie.

Son, o pueden parecer, discursos extraños, pero expresan la complejidad de la idea de profundidad que, en este caso, tiene que ver con el grosor. ¿No solemos decir: «es una persona de gran grosor»? ¿Y el grosor, a su vez, no está relacionado con la capacidad de una cosa para resistir los golpes?

3. La profundidad en un cuadro

En el arte existe también la representación de la profundidad que llamamos «perspectiva» (que tiene sus propias leyes geométricas específicas) y que generalmente asignamos a un cuadro. La perspectiva se basa totalmente en el punto de vista del observador, es decir, el nuestro. Pero no siempre es así. En el icono, representación que pertenece al cristianismo oriental, la perspectiva se invierte: en este caso, el punto de vista se asigna a Dios.

El descubrimiento y el uso de la técnica de la perspectiva fue uno de los momentos decisivos de la historia del arte, aunque hoy día no se aprecia especialmente (el cubismo la hizo desaparecer), porque la representación figurativa ha dejado de existir. Pero no ha desaparecido la idea y la percepción de la profundidad de una obra de arte: se sitúa en otro lugar. Por eso seguimos diciendo que un cuadro tiene «profundidad», pero en general la situamos en el fondo del que emerge la figura.

También se trata de discursos complejos, pero ¿no hemos dicho alguna vez que «parece que la figura, la imagen, sale hacia fuera»? Aquí entra en juego la reflexión sobre los planos: lo profundo es indefinido, hace de fondo. Lo que aparece es el primer plano, que lo es porque hay un segundo.

4. La profundidad psicológica

Desde el punto de vista psicológico, desde Freud en adelante nos hemos dado cuenta de que nuestra psique tiene su propia profundidad. La psicología profunda es la investigación del mundo interno

de nosotros mismos, un mundo que no aparece directamente en la superficie, salvo por pequeñas señales que calificamos en los peores casos como enfermedad, y en los demás como tics, *lapses*... La psicología profunda investiga nuestro mundo inconsciente, que actúa en nosotros sin que seamos conscientes de ello. No todas las corrientes psicológicas describen esta realidad profunda de la misma manera y le asignan los mismos efectos en la superficie de nuestra vida.

Sin embargo, sigue siendo un hecho probado que, más allá de lo que pasa por nuestro cerebro (incluidas las sensaciones, si aceptamos los resultados de las neurociencias), hay una capa más profunda dentro de nosotros que no es fácil de entender, a la que no es fácil acceder y con la que todos, en mayor o menor medida, tenemos que lidiar.

5. La profundidad intelectual

Por lo general, la atribuimos a las «personas cultas», cuando nos parece que, gracias a sus estudios, a su sensibilidad y a su reflexión, son capaces de decir algo nuevo, sobre todo en relación con los temas serios de la vida. Un científico, un filósofo, un poeta y aquellos que se califican, a veces con cierta vanagloria, como tales (hoy en día, de hecho, todos ellos se engloban bajo el nombre genérico de “expertos”, es decir, aquellos que tienen derecho a opinar sobre el tema), deberían tener profundidad intelectual. ¿También le corresponde al educador? Sin duda alguna: quizá se le exija precisamente a él.

La profundidad intelectual se compone de curiosidad e investigación, de estudio serio, de conciencia de la complejidad de las cosas. Su contrario es la banalidad, el lugar común, lo obvio, lo previsible: vivimos de estas cosas. Así que, en lugar de callar, sentimos la necesidad de llenar el no vacío del silencio diciendo tonterías. Banalidades, precisamente. Tener profundidad intelectual significa no quedarse en lo que siempre se ha dicho, en lo que siempre se ha sabido. No quedarse en lo que dice el manual.

La verdadera profundidad intelectual es hoy por hoy una mercancía escasa, porque alcanzarla requiere tiempo y esfuerzo: en su mayor

parte se falsifica, se recicla, se vende como propia lo que no lo es. Nos adornamos con la profundidad ajena: así jugamos con una frase, un pensamiento por definición «profundo» pero ajeno, que no nos avergonzamos de presentar como nuestro y publicamos en las redes sociales.

Por lo general, en las conversaciones habituales nos quedamos en temas banales (el tiempo) y decimos cosas banales, tal vez elevándolas a pensamientos «profundos»: ¿cuántas palabras, fotos, comentarios sobre recetas y comidas más o menos refinadas?

Afortunadamente, la cocina también es un arte y tiene su profundidad. No estamos convencidos de que eso nos salve.

6. La profundidad como símbolo

Sobre la base de lo dicho, la idea de «profundidad» evoca en nosotros una multitud de significados: tiene un enorme alcance simbólico.

Cuantitativamente hablando, lo profundo está abajo y, desde el punto en el que nos encontramos, puede indicar el abismo, es decir, algo cuyo fondo no se ve y que, en este sentido, puede dar miedo. La profundidad es símbolo de lo oscuro, de lo desconocido y, por lo tanto, de lo aterrador, de lo temido... Pero en las profundidades pueden circular vetas de oro... Su contrario simbólico es lo que está arriba, mucho más allá de la superficie del suelo.

En general, le damos un significado simbólico positivo a lo alto y uno negativo a lo bajo: el cielo y el infierno. Arriba está el sol, la luz; abajo, la oscuridad.

En cualquier caso, hablemos ahora solo desde el punto de vista material: para llegar arriba, muy arriba, y para bajar, cada vez más abajo, necesitamos, también en la práctica, una preparación específica y los medios técnicos adecuados. En ambos casos se necesita, por ejemplo, oxígeno. El alpinista y el espeleólogo tienen algo en común.

Si abordamos la cuestión desde el punto de vista moral, en cierto sentido no cambia: se necesitan pasos, situaciones, ocasiones para subir o bajar en la vida. Y en ambos casos se trata de un camino de descubrimiento.

Aquí se plantea la cuestión nada trivial de por qué es mejor bajar (al educador se le dice que necesita profundidad) que subir (aquí podríamos decir que necesita trascendencia).

Quizás sea solo una cuestión de gustos o quizás ir a lo profundo y subir a lo alto sean, en el plano simbólico, lo mismo: indican ir más allá de la apariencia de uno mismo.

Lo profundo y lo alto se sitúan simbólicamente en la verticalidad de la vida, que de otro modo resultaría plana.

Lo cierto es que, en ambos casos, pocas personas se adentran en lo profundo o en lo alto.

La mayoría, nosotros, nos quedamos en la superficie, en la amplitud, posiblemente plana, que no presenta obstáculos y no requiere esfuerzos de preparación, ni aventurarse en situaciones potencialmente peligrosas.

Pero las cosas superficiales no siempre son las más interesantes. Profundizar requiere aceptar algunos riesgos.

En síntesis

El concepto de «profundidad» tiene una enorme fuerza simbólica.

Hay varias formas de entender la profundidad, pero las que hemos descrito brevemente (desde las físicas hasta las intelectuales) por sí solas no captan plenamente el significado que queremos asignar a la profundidad educativa que se exige hoy en día al maestro.

Por esta razón, nos detendremos un poco más para investigar un aspecto adicional de la profundidad. Lo contrario de «profundo» en el

lenguaje común es «superficial». Pero lo superficial aún no es el cielo (que está allá arriba): es la tierra intermedia, aquella en la que generalmente habitamos los *Hobbits*.

LA SUPERFICIALIDAD

Al definir el punto de partida, lo identificamos en la superficie, en la apariencia de las cosas.

Permanecer en la superficie es la condición normal de la vida humana: estamos en la tierra, disfrutamos de su belleza y de ella obtenemos los medios de subsistencia. Hoy nos hemos dado cuenta de que nuestra permanencia en la superficie no siempre ha sido adecuada y respetuosa: estamos aprendiendo a preocuparnos por mantener esta superficie ordenada. De ello depende nuestra propia supervivencia.

«Superficial», en cambio, tiene una connotación muy negativa. Se dice «superficial» de una persona frívola, poco seria, que no afronta las cosas como deberían afrontarse, asignándoles el peso adecuado (véase cómo vuelven las palabras). Una persona superficial es poco fiable, no está anclada a nada, se deja llevar por las olas, porque carece de las convicciones propias que deberían mantenerla estable. Superficial es quien se detiene y se conforma con la apariencia de las cosas, no es capaz de ver más allá de sus narices.

Ser tachado de «superficial» no es, por tanto, un cumplido: significa que somos inconsistentes.

No creemos que hagamos daño a nadie si afirmamos que el mundo social actual es, en general, «superficial», porque parece preocuparse más por la forma que por el fondo. Es fácil poner miles de ejemplos al respecto: a menudo se habla sin saber realmente, se confía en la primera impresión, se reacciona «desde las entrañas». A menudo nos preocupa más la imagen de lo que somos que el fondo. A menudo evitamos el esfuerzo de profundizar, de saber más. Pero, al juzgar precipitadamente, caemos en el mismo defecto que estamos estigmatizando.

No todo lo que parece es superficialidad: detrás de las apariencias suele haber un trabajo de muchas personas. Es una apariencia buscada, deseada, a veces con fines comerciales, pero que requiere una buena dosis de profundidad. En este caso, también podemos decir que la forma producida, lo que aparece, manifiesta el fondo.

Lo mismo ocurre con las opiniones personales: no son la verdad absoluta y, si se expresan correctamente, tampoco pretenden serlo, pero algunas se acercan más a ella, tienen más peso, están mejor ponderadas. Por lo tanto, no es cierto que las personas no sepan ser serias y profundas, sino que, quizás, más simplemente, quieran evitar la pesadez que esto parece conllevar.

La ligereza

Así, a veces se puede confundir la superficialidad con la ligereza. La ligereza y la superficialidad están emparentadas, pero no son hermanas carnales, aunque es cierto que un cuerpo ligero no se hunde.

Ser ligero es a menudo un resultado, mientras que ser superficial es más bien una forma burda de ser, que no ha tenido la oportunidad de evolucionar: no se le ha educado para ir más allá. Ligero significa «de poco peso», pero aquí lo asumimos como una forma de estar en la superficie: depende de cómo somos (a algunos les sale natural, son delgados y saben moverse con agilidad), pero a menudo es fruto del entrenamiento. Se trata de aprender a controlar nuestro centro de gravedad (es esencial comprender dónde se encuentra) cuando nos movemos sobre una superficie que no es necesariamente plana. En algunos casos, este control puede llevar a movimientos exactamente contrarios a los que nos saldrían espontáneamente. Para amortiguar una caída, por ejemplo, tal vez no sea bueno frenarla, sino acompañarla, quizás rodando.

La ligereza es, por tanto, un resultado, un comportamiento aprendido, incluso un estilo. En cierto sentido, para ser verdaderamente ligeros hay que ser profundos. Es porque se ha llegado al fondo de las cosas que se pueden tomar a la ligera: darles el peso adecuado. En lo que

se refiere a los hechos humanos, se puede decir lo contrario: hay que conocerse a uno mismo. Así llegamos al menos a una primera definición del tipo de profundidad que buscamos: un educador profundo es aquel que se conoce a sí mismo y, a través de este conocimiento, entra en sintonía con los demás. Pero esto no implica necesariamente que no pueda ser ligero.

CONÓCETE A TI MISMO

El título de este párrafo es una de esas frases insondables que forman parte de nuestra cultura, al menos occidental. La frase es demasiado conocida como para pensar en comentarla adecuadamente. Digamos simplemente que indica una condición de la vida que el hombre (no tanto el individuo, sino la especie) siempre ha tenido presente y que le ha impulsado a buscar, estudiar, intentar comprender. Es la frase que fundamenta la reflexión y la investigación religiosa, filosófica, científica, todo el saber, entendido como la actividad que hace al hombre verdaderamente hombre, distinto de todos los demás seres vivos.

Es el conocimiento de nosotros mismos, de nuestro mundo interior y de lo que lo atraviesa, de lo que realmente nos mueve y de nuestras contradicciones, de nuestros tropiezos, de nuestras cualidades, de nuestros pecados, lo que nos hace profundos, lo que nos hace ir más allá de la superficie de las cosas. Conocerse a uno mismo es una tarea que nunca se completa del todo, porque seguimos siendo un misterio para nosotros mismos, por muy larga que sea nuestra vida. El fruto del conocimiento de uno mismo es la profundidad, que en este caso podemos declinar como humildad. Y tal vez este sea el valor específico del hombre profundo, que no significa «perfecto», sino más bien consciente de sus límites y posibilidades. La profundidad que se alcanza es en el sentido de la verdad sobre uno mismo y, cuando tomamos conciencia de ello, nos damos cuenta de que somos poca cosa, polvo, paja que el viento dispersa.

Así, por ejemplo, una persona profunda es aquella que, cuando habla, da la impresión de haber pensado en lo que dice y que consigue decirlo de la forma más sencilla (ligera) posible, sin tener que

imponerlo. Afirma, pero no se manifiesta. La persona profunda suele hablar poco, porque lo que dice está meditado, casi siempre en su propia piel.

¿Cómo llegar a conocerse a sí mismo?

Buena pregunta. De forma sintética, parece que hay dos caminos:

- Desde fuera;
- Desde dentro.

La primera vía implica ser capaz de salir de uno mismo y observarse: no es fácil y, en general, es una vía que se apoya en el juicio de los demás, porque toca aspectos que nosotros no vemos. Por lo tanto, es esencial elegir a alguien que nos mire con ojos misericordiosos, partiendo de la premisa de que todos cometemos errores. Para observarnos desde fuera podemos utilizar algo o alguien que nos sirva de espejo, con la conciencia de que la imagen que obtenemos es, en cualquier caso, refractada (o reflejada) con respecto al original. Porque esto es lo que hace el espejo. Por decirlo con un lenguaje diferente y sin duda más complejo, el espejo nos proporciona la imagen, pero aún no la semejanza.

Esta es, fundamentalmente, la vía de la educación que se nos imparte, la educación que recibimos cuando somos jóvenes, pero también a lo largo de toda la vida, cada vez que nos enfrentamos a los demás. Es la verdad sobre nosotros mismos que nos llega desde fuera.

El segundo camino, el que parte del interior, implica la observación de nuestro mundo interior, que en sí mismo es una realidad extremadamente compleja, a veces oculta, pero que es portadora misteriosa de la verdad, como recuerda San Agustín. Es el camino de la autoconciencia, de la autoformación, un camino que solo nosotros podemos recorrer, aunque alguien nos acompañe. Nos acompaña, pero no nos refleja, no nos sirve de espejo: más bien se coloca delante del espejo junto a nosotros. Lo hace el terapeuta, pero desde la perspectiva que nos mueve, lo hace Cristo con la ayuda del Espíritu. Pero volveremos sobre este punto en breve.

En ambos casos (son vías) hay que ser conscientes de que es necesario:

1. *Una elección de la voluntad*, sobre todo en la segunda vía indicada. Es un camino que solo nosotros podemos recorrer y que es imposible si no nos decidimos a emprenderlo. Por supuesto, esta elección debe renovarse de vez en cuando.
2. *Disponibilidad para involucrarse*, lo que significa aceptar descubrirse diferentes de lo que pensábamos que éramos y no dejarse abrumar por ello. Conocernos de verdad, por un lado, nos desestructura (y esto es doloroso), por otro, nos reestructura (y esto es estimulante). Aceptar lo primero y apostar por lo segundo.
3. *Tiempo*: conocerse no es cosa de un minuto. Es tarea de toda una vida. Por lo tanto, se necesita mucha paciencia con los demás (que parecen no entendernos) y con nosotros mismos (que nos tomamos más tiempo del necesario). No sirve de nada ponerse nervioso: más bien se necesita calma, que no significa permanecer estáticos, sino ese caminar adecuado a nuestro paso que no se detiene. No viene mal una buena dosis de auto ironía: quien no es capaz de reírse de sí mismo (aquí está la ligereza), nunca será realmente profundo, aunque sin duda será aburrido.

UN PASO MÁS ALLÁ

Decíamos que, desde la perspectiva cristiana, ese alguien que nos acompaña en el conocimiento de nosotros mismos es Cristo, y aquí hay que hacer un esfuerzo profundo de comprensión añadida. Entramos en el terreno de la mística entendida cristianamente.

Solo nos conocemos verdaderamente en Cristo: en Él sabemos cuánto somos amados, deseados, buscados, a pesar de lo que parece, y quizás a partir de lo que parece. En la historia de Santa Teresa de Ávila,

hay una indicación misteriosa (*Conócete en mí*)⁷ que abre una ventana a todo esto. Es necesario el conocimiento personal de sí mismo, pero no es fácil: la práctica cristiana tradicional, justa en sí misma, nos supone un obstáculo.

Cristo es, y nos ha sido propuesto como modelo; y un modelo se imita, uno intenta equipararse a él, repetirlo, interpretarlo según las capacidades de cada uno: es el camino que se propone a todos, probablemente porque es el más inmediato y fácil. Incluso un pintor, antes de adquirir su propio estilo, se copia. Pero la copia, aunque esté muy bien hecha, no es el original. Es el camino externo, el que se basa en la educación heterónoma. Sin embargo, nadie podrá decir nunca, con respecto a Cristo, que lo ha igualado: Él es un modelo *sui generis*. Nos dice que aprendamos de Él, pero no que seamos como Él: Él es la vida, nosotros los sarmientos, Él el Hijo, todos nosotros hermanos, Él el Maestro, nosotros los discípulos.

Intentemos decirlo así, aunque quizá sea aún más complicado: Jesús no es un modelo que se encuentra al final del camino (llegar a ser como Él), sino al principio (siempre hemos sido como Él). Por desgracia, lo hemos olvidado. La consecuencia más dramática del pecado de Adán es el olvido de nuestro origen: nos afecta a todos, nos pertenece a todos. Así que nunca llegaremos a ser como Él, porque no podemos serlo (Él es Dios, nosotros no), pero nos parecemos a Él desde el principio, aunque por el momento no seamos conscientes de ello. Podemos reconocernos en Él porque Él era nuestro rostro. Esto es lo que nos dice su encarnación: nos recuerda quiénes somos, incluso cuando nos encontramos en las situaciones más diversas y trágicas de la vida. Por eso, verlo, y verlo en la cruz, nos devuelve a nosotros mismos (si supieras quién te pide de beber: tengo sed). Cristo tiene el poder de devolvernos a nosotros mismos, más allá de nosotros mismos y de la banalidad de lo que aparece en nuestra vida, aunque sea el mal que nos hace crucificados con Él.

7 Cfr. J. Manuel Morilla Delgado, *Conócete en mí. Itinerario místico experiencial en Teresa de Ávila*, San Pablo 2010, p. 14, nota 8.

Conocernos es reconocernos en Él, reencontrar nuestra verdad perdida y olvidada. Aquí reside la profundidad abismal del cristiano y de todo hombre. Reconocer nuestro valor absoluto, no porque solo existamos nosotros, sino porque solo podemos ser nosotros y nadie más. El valor absoluto de cinco es cinco, el valor absoluto de Antonio es Antonio: la responsabilidad de Antonio es Antonio.

Si esto ocurre, nos reencontramos a nosotros mismos, volvemos a ser nosotros mismos, únicos e irrepetibles. Reencontrarse, reconocerse: una actividad hoy en día aún más necesaria debido a la fragmentación en la que vivimos. Un camino, por tanto, nada fácil, porque no permite distracciones, exige recogimiento, exige silencio. Un camino, sin embargo, trazado desde siempre, pero que aún queda por recorrer.

LA PROFUNDIDAD DEL EDUCADOR ES ESPIRITUAL

De lo anterior se deduce que la profundidad está directamente relacionada con la espiritualidad.

La profundidad y la espiritualidad son hermanas, quizás incluso dos caras de la misma moneda. Como laicos, llamamos profundo a lo que como cristianos llamamos espiritual.

Por lo tanto, cuando exigimos que el educador de hoy sea profundo, le estamos pidiendo que sea espiritual. Y la espiritualidad no es solo la conciencia de la profundidad en todos los sentidos que hemos descrito: es reconocer, gracias al Espíritu, la presencia de Cristo en nosotros y en las cosas que hacemos y vivimos. Este reconocimiento, en el ámbito lasaliano, se llama «espíritu de fe». Poseerlo significa ser profundo, transmitirlo significa hacer profundos, ir más allá de la pátina de lo habitual.

La profundidad espiritual se adquiere con la oración, palabra hoy políticamente incorrecta. Pero la verdadera oración es diálogo, encuentro, confrontación con ese Cristo que nos pide que nos reconozcamos en Él. La oración nos hace conscientes de nosotros mismos, nos

obliga a conocernos también en los deseos a veces inconfesables que tenemos. Hoy somos trivialmente triviales, no tenemos profundidad, porque ya no rezamos, ya no nos concedemos tiempo para hacerlo: vivimos la superficie plana de la vida, donde es fácil correr, y no nos interesa nada más. Dicho así, lo reconocemos con ironía, parece una diatriba moralista, nada profunda: sin embargo, sigue existiendo la necesidad de rezar si realmente buscamos la profundidad.

LOS RESULTADOS DESDE EL PUNTO DE VISTA EDUCATIVO

Intentemos enumerarlos brevemente sin un orden preciso.

1. *Aumento de peso/Autoridad*: la profundidad da peso a las cosas que hacemos y decimos; esto nos hace progresivamente autoritarios. Hay que evitar, sin duda, el riesgo de la pesadez, que reside en ser autoritarios sobre cosas insignificantes. Hay que aprender a dar el peso adecuado a los acontecimientos. Este resultado es hoy muy importante, porque nuestros discípulos viven rodeados de falsedades y medias verdades que no siempre es fácil reconocer.
2. *Resiliencia*: es casi una consecuencia de haber profundizado en nosotros mismos. El educador profundo se mantiene firme: tiene raíces profundas, sabe afrontar el viento del momento y no se deja arrastrar por él. Con ello, ofrece un punto de referencia seguro a quienes le rodean.
3. *Autocontrol/Serenidad*: el educador profundo sabe controlarse y se muestra sereno en su proceder. Cuando habla y/o actúa, lo hace de forma clara y reflexiva, consciente de los problemas que hay que afrontar. Para caminar por la cuerda floja (como es el caso de la educación) siempre es útil una barra de equilibrio que nos permita regular el peso. La profundidad permite relaciones correctas, que hacen crecer.

4. *Sabiduría/sentido común y sensatez*: el educador que ha sabido profundizar aparece y es una figura de referencia, que sabe ofrecer el apoyo adecuado, el consejo adecuado, sensato, de buen sentido, actitud necesaria hoy en día en la confusión general en la que nos encontramos viviendo.
5. *Paciencia*: el camino recorrido para conocerse a sí mismo lleva al educador a tener paciencia con los demás y consigo mismo, porque le hace consciente del tiempo necesario para llegar a la meta. La paciencia es hoy una virtud rara, porque esperar se considera solo una pérdida de tiempo.
6. *Justicia/Misericordia*: el educador que ha llegado a la profundidad tiene un juicio más seguro y ponderado. Al mismo tiempo, puede ejercer con mejor orientación la misericordia, que, como dice Santiago, siempre prevalece en el juicio.

No hay profundidad educativa cuando...

- a. Somos superficiales y sin sustancia: parece que no nos tomamos las cosas en serio, sin darles el peso adecuado que debe ser evaluado por quien lo lleva, no por nuestro juicio.
- b. Nos invaden pasiones incontroladas: por lo que al final somos distantes, impredecibles, quizás incluso caprichosos, y no permitimos que los demás encuentren en nosotros referencias estables.
- c. Somos precipitados al juzgar: reaccionamos, no reflexionamos. Esto se llama dejarse llevar por las emociones y lleva a hablar sin pensar.
- d. Somos precipitados al actuar: es la consecuencia directa de la actitud anterior, la profundidad requiere prudencia.

- e. Hablamos con gusto de cosas insignificantes y no captamos lo esencial: por el banal deseo de agradar, de que nos acepten, de caer bien, cuando nuestro papel debería ser otro.
- f. Olvidamos que nosotros y ellos tenemos una dimensión espiritual que hay que cultivar.

La profundidad educativa exige, en definitiva, personas sólidas que, antes de proponerse, hayan sabido hacer cuentas consigo mismas. Creo que todos tenemos mucho trabajo por hacer en este campo.

VISIÓN

«Visión» es un término que está de moda en la actualidad: se utiliza para definir a personajes que se han hecho especialmente ricos y famosos, a menudo gracias a *la nueva economía* relacionada con el mundo de la innovación digital. En algunos casos, el visionario parece rozar la megalomanía.

Por lo tanto, afirmar, como lo hace la *Declaración sobre la Misión Educativa Lasaliana*, que un educador hoy día debe tener visión, puede generar cierta perplejidad, pero al mismo tiempo significa reconocerle la función de agente del «cambio» y de la innovación. Lo cual, en el contexto actual, es una función particularmente importante. Sin embargo, sigue siendo difícil considerar todo esto como una «virtud», es decir, un buen comportamiento adquirido mediante la práctica. Por lo tanto, es necesaria una reflexión atenta.

EL CAMBIO

Es el gran problema de hoy. La realidad vive de cambios continuos. Algunos son repentinos y por eso los advertimos; otros tienen tiempos más dilatados y son menos perceptibles. En una sociedad predominantemente agrícola, los cambios se producían muy lentamente; en la actual, gracias también a la llegada de nuevas máquinas y tecnologías, los cambios son muy rápidos. Hay cambios cíclicos (las estaciones, el día y la noche) y hay cambios dispuestos en una línea temporal rectilínea. Es precisamente la velocidad del cambio actual, que es de este segundo tipo, la que nos crea problemas: no estamos acostumbrados, parece que acelera la vida, desplaza continuamente los puntos de referencia hasta hacernos perder el rumbo.

Por supuesto, todo esto afecta al mundo educativo, al que, por un lado, se le pide cada vez más que apoye el cambio, pero que, por otro, parece viajar a la velocidad de los viejos trenes de vapor, si no de un carro tirado por bueyes.

Sin duda, la realidad cambia, sea cual sea la forma en que la consideremos (a nivel personal, social, educativo, medioambiental, atómico, astronómico...): no puede ser de otra manera. Tanto es así que

podemos decir que cuando algo se detiene, no solo se queda quieto, sino que muere, decae. Popularmente se dice que «quien se detiene, está perdido». Todo esto para decir que no hay que tener miedo al cambio: puede molestar, pero así son las cosas en el mundo. Sin embargo, es cierto que al mismo tiempo (y parece una contradicción) la sabiduría popular dice que hay que ser capaz de aprovechar el momento, es decir, de vivir el presente plenamente, ya que ni el pasado ni el futuro nos pertenecen. Pero el presente puede ser penoso.

Todos estos discursos tienen que ver con la forma en que vivimos el tiempo. Lo distinguimos entre pasado, presente y futuro y hoy, gracias a la enorme y rápida proliferación de los equipos informáticos, el énfasis está en el futuro, que fácilmente se profetiza como necesariamente diferente y mejor.

¿Cuánto hay de ideológico en todo esto? ¿Quién sostiene esta idea dominante de que hay que mirar necesariamente hacia el futuro? ¿Cómo podemos estar seguros de que el futuro será mejor? ¿Quién nos empuja a creerlo? Futuro sí, pero cuidado: ¿no es casualidad que uno de los nuevos términos en circulación sea «distopía»? En definitiva, no es seguro que el mundo que vendrá sea más feliz que el que tenemos ahora.

Por lo tanto, si el cambio es un hecho inscrito en la realidad, llevarlo a un nivel ideológico, como parece estar ocurriendo actualmente (todos hablan de él como de un pensamiento profundo que lo justifica todo, cuando en el fondo es una banalidad), puede resultar problemático: de hecho, significa santificar, sin ningún proceso de beatificación, lo nuevo por el simple hecho de ser nuevo. La cuestión se complica.

Digamos que ante el cambio podemos intentar combatirlo (lo nuevo nos asusta, lo viejo es mejor), pero por lo que acabamos de decir, esta acción de combate está destinada al fracaso. Las cosas cambiarán de todos modos. O podemos intentar orientarlas: para eso debería servir tener visión.

PARA ACLARAR LOS TÉRMINOS

En italiano, el término «visione» tiene un sentido predominantemente negativo. Un visionario es alguien que tiene «visiones» y, como tal, se acerca por un lado a lo místico y, por otro, a todas las gradaciones oníricas, es decir, desde el soñador hasta el alucinado. En cualquier caso, un visionario es alguien que ha perdido un poco el contacto con el mundo real.

Con este espectro semántico, es difícil pensar en la visión como una virtud educativa. Por lo tanto, en un primer momento, el término no nos entusiasma.

Para comprenderlo un poco mejor, debemos remitirnos al inglés, donde el término tiene un sentido mucho más positivo, pero también, en nuestra opinión, aspectos ambiguos. «Tener visión» significa en este caso ser capaz de «ver», entendido como «prever». La visión tiene que ver con el futuro y con el cambio. En concreto, es capaz de formarse una imagen mental o una idea de lo que podría suceder en el futuro. Pero esta «visión» no siempre aparece con claridad, tanto porque su elaboración conserva un carácter un poco esotérico, como porque no se comprende de inmediato el ámbito en el que debería insistir. Intentemos comprenderlo.

Estas son las palabras de un visionario de nuestro tiempo, universalmente reconocido como tal...

«Tu tiempo es limitado, así que no lo desperdicies viviendo la vida de alguien más. No te dejes atrapar por los dogmas, que es vivir con os resultados del pensamiento de otras personas. No dejes que el ruido de las opiniones ajenas ahogue tu propia voz interior. Y, lo más importante, ten el coraje de seguir tu corazón y tu intuición. Ellos de alguna manera saben lo que realmente quieres ser. Todo lo demás es secundario. Sigue hambriento. Sigue siendo loco». (Steve Jobs)

La referencia a la visión aquí está relacionada con el desarrollo del potencial del individuo en relación con estos términos: escuchar la voz interior, seguir el corazón y la intuición. Son cosas que nos tocan

en lo más profundo, pero que son muy difíciles de definir: todas ellas tratan de decir, de alguna manera, que si quieres realizarte a ti mismo, debes ir más allá de la mera racionalidad para acceder a lo más profundo de nosotros mismos; es esto lo que, al final, debería producir la visión que, a su vez, generará en nosotros el entusiasmo necesario para hacer las cosas. Reiteramos: aquí la invitación a tener visión se centra en uno mismo. Lo cual, a nuestro modo de ver, presenta algunas dificultades.

¿Por qué esta visión profunda, que parece no estar dictada por la racionalidad, es tan importante y hoy día se exalta especialmente, considerándola de alguna manera necesaria?

Porque se considera que es fundamentalmente creativa y, por lo tanto, más verdadera, mientras que pensar en el futuro tratando de anticiparlo puede depender de muchos prejuicios que llevamos dentro. En esta perspectiva, «tener visión» se considera (y se vende) como un elemento esencial para motivar profundamente nuestra vida: gracias a ella, esta última estará unificada, centrada, enfocada. En definitiva, feliz. Insistir en tener visión, nos parece, es la respuesta laica y totalmente humana a la sed de sentido que llevamos dentro. Se insiste en la visión porque ya no sabemos qué es la misión. Dicho de otro modo, ya no sabemos qué hacemos en el mundo.

Aunque en esta búsqueda personal hay algo positivo, desde el punto de vista cristiano ya tenemos una respuesta relativa a nuestra existencia en el mundo, solo tenemos que aprender a hacerla nuestra convirtiéndola en visión. Como cristianos sabemos que estamos aquí para amar, que nuestro corazón inquieto nos lleva a Dios, que nuestro destino es el Reino. Quizás nos lleve toda una vida comprenderlo, pero no es solo fruto del trabajo que podemos hacer sobre nosotros mismos. Reconozcámoslo: esto nos crea algunos problemas con la idea de visionario que se difunde hoy en día y que insiste mucho en el perfeccionamiento individual (tener una visión ganadora de uno mismo). ¿Cómo enfrentarse a afirmaciones (más frecuentes de lo que parece) de este tipo?

*¿Qué visión tienes de ti mismo en lo más profundo de tu corazón?
Pregúntatelo y no tengas miedo de dar los siguientes pasos para avan-*

*zar en esa dirección, porque es tu vida la que te está llamando... no la
hagas esperar más.*

En esta frase todo resulta indefinido... Al final, es una actitud que no tiene un contenido real. Una cosa es ir adonde nos lleva el corazón (suponiendo que el corazón sea totalmente libre e iluminado) y otra saber adónde se dirige el corazón. Si ya hemos definido por qué estamos aquí (la misión), el punto de llegada debería estar claro: pero no siempre la visión se presenta como algo claramente dependiente de nuestro ser. Más bien se presenta como algo independiente.

En realidad, se pueden tener formas profundamente diferentes de considerar el viaje de la vida. En el primer caso (*dirígete adonde te lleve el corazón*) nos dejamos llevar, en el segundo nos orientamos conscientemente hacia un objetivo definido. En el primer caso, tal vez sea necesaria un poco de locura, en el segundo se es mucho más realista: se sueña, pero partiendo de la realidad concreta en la que nos encontramos, con la intención de llegar a cambiarla, tal vez haciendo la revolución.

Históricamente contamos con muchos ejemplos de visión. La revolución proletaria del ideal marxista tenía la característica de ser una visión que quería mantener los pies en la tierra. Revolución sí, pero partiendo de datos objetivos, de estructuras de poder que había que derribar.

Y también podemos definir como «visionario» todo el movimiento (el *Risorgimento* italiano) que en unos cincuenta años llevó a la unificación de Italia. En ambos casos, los hombres soñaron con un mundo diferente y trabajaron para hacerlo realidad. En cierto sentido, todas las grandes narrativas que precedieron a nuestra era posmoderna, para muchos ya en declive, fueron «visionarias», porque si lo dicho anteriormente es cierto, ahora estamos construyendo una nueva narrativa visionaria: la que llamamos «metaverso».

En italiano, «avere *vision*» podríamos entenderlo con el término «lungimiranza», la capacidad de mirar lejos. Pero la lungimiranza no transmite todo el sentido que tiene «vision» en inglés, donde

parece mantener una dimensión romántica/emocional/fascinante nada trivial.

La *lungimiranza* tiene que ver con la prudencia y, quizás, con el cálculo, mientras que la *vision* en inglés tiene que ver con la posibilidad, con algo que aún no existe, pero que podría existir. Tener visión, en este caso, parece ser sobre todo una cualidad que deberían tener los líderes y que, con el tiempo, se ha aplicado a múltiples contextos. De hecho, la idea de líder pone en juego al grupo, a la empresa, a toda la sociedad, y esto cambia la perspectiva de tener visión: debería servir para arrastrar, galvanizar e involucrar a los demás.

El ser de una estructura (de cualquier tipo) se apoya y se concreta en la «visión» compartida que la sustenta, que tal vez haya nacido en la mente de una sola persona, pero que con el tiempo se ha convertido en patrimonio de muchos. Así, inevitablemente, al visionario no le basta con tener un sueño: debe convertirlo en el sueño de otros.

Y aquí radica una de las mayores dificultades relacionadas con la idea de la visión como autorrealización personal: esta solo me concierne a mí y solo puede contar conmigo. En cambio, una visión que une a muchos es diferente: es sobre todo este segundo tipo el que induce un cambio real. Y esta es la visión de naturaleza educativa a la que hay que referirse y que más nos interesa.

Sin embargo, en el lenguaje común, se habla de visión tanto en relación con el individuo como con un grupo estructurado: las dos cosas se superponen y esto no facilita la precisión.

Por lo tanto, conviene precisar mejor los diferentes aspectos, sobre todo en lo que respecta a los grupos. De hecho, podemos distinguir (en términos generales) dentro de cualquier actividad realizada en conjunto (y la educación lo es):

- Misión
- Visión
- Valores
- Objetivos

En el caso de que se trabaje en grupo, es evidente que todos estos aspectos deben compartirse en profundidad.

MISIÓN, VISIÓN, VALORES, OBJETIVOS

La misión indica la razón profunda y última por la que somos lo que somos y hacemos lo que hacemos.

La pregunta relacionada es: «¿Por qué existimos? ¿Por qué estamos aquí?». Por lo tanto, la misión tiene un gran poder motivador, pero se presenta de una manera bastante ideal. Su fuerza depende de cuánto sentimos ese ideal como nuestro: a veces, el objetivo, más que elegirse de forma autónoma, puede venir impuesto por las circunstancias.

La visión, y aquí radica su importancia, marca el paso de la misión, entendida como finalidad, a su realización. En concreto, la «visión» se refiere al futuro y a la capacidad de imaginarlo, pero también a la definición de los pasos que se pretenden dar para alcanzarlo. Está impregnada de una esperanza que, sin embargo, no es solo un anhelo: busca los pasos para hacerse realidad. Por lo tanto, se compone de dos cosas:

- Una cierta proyección de nosotros mismos en el futuro;
- Los pasos concretos que hay que dar para hacerlo posible.

Su pregunta es «¿en qué debemos convertirnos para poder realizar la misión?». Dicho de otro modo: «¿Estamos preparados para emprender un viaje que nos llevará al resultado que hemos imaginado como posible?». Atención: la cuestión se refiere ante todo al ser, antes que al hacer. Requiere adaptaciones por nuestra parte, un cambio de perspectiva.

Los valores se refieren al marco ético dentro del cual pretendemos movernos.

En este caso, la pregunta es: «¿Cuáles son los valores que guían nuestras acciones? ¿Cómo debo comportarme a partir de hoy para dar sustancia a la visión?»

Si logramos tener claros los valores, lo que es importante para nosotros, esta perspectiva nos permite ir más allá de la descripción de funciones, del reglamento escrito. Cuando surgen cuestiones, se abordan de la mejor manera y con un común casi instintivamente: en definitiva, sin ponerse de acuerdo previamente, porque la respuesta de cada uno es aceptada desde el principio por los demás.

Por último, **los objetivos** son lo que esperamos obtener de nuestra acción motivada, lo que marcará la diferencia. Es evidente que los objetivos esperados deben especificarse también para poder evaluarlos al final.

La pregunta en este caso es: «¿qué nos indicará que hemos alcanzado nuestro objetivo?»

LA VISIÓN

Como hemos visto, la visión forma parte de un proceso más amplio y representa un punto de inflexión específico. Considerarla por sí sola, como se suele hacer hoy en día, cambia su significado.

Veámosla, por tanto, con más detalle. Anteriormente ya la habíamos distinguido en dos aspectos.

A. La visión como imagen de nosotros mismos en el futuro

En cuanto al primer aspecto (la imagen de nosotros mismos en el futuro), la «visión» no es necesariamente una visión del mundo estructurada, sino una especie de percepción emocional/interior, formulada con palabras, tal vez de manera retórica, sobre «lo que deberíamos ser para»...

Uno de los autores motivacionales más conocidos (Stephen Covey) define así la visión: «Visión significa ver con los ojos de la mente lo que es posible lograr en las personas, en los proyectos, en las causas y en las empresas. La visión es el resultado de la síntesis que realiza

nuestra mente entre la necesidad y la posibilidad. Cuando las personas no tienen una visión, cuando descuidan el desarrollo de la capacidad creativa de la mente, caen presa de la tendencia humana al victimismo».

Intentemos comprender mejor por qué se trata de una definición compleja compuesta por elementos heterogéneos.

«Ver con los ojos de la mente» (que no son los que se corrigen con gafas) significa una imagen de ti mismo (nosotros) que ves en tu mente. Pero cuidado, hay una diferencia entre visualizar una imagen y tener visión.

En el primer caso se trata de un proceso mental consciente, en el segundo parece que hay que acceder a nuestro yo profundo.

Este acceso puede organizarse (existen técnicas para ello), por lo que la «visión» se convierte en el resultado de un ejercicio y una práctica. En este sentido, la visión puede considerarse finalmente una virtud, tanto a nivel individual como colectivo. Pero el acceso también puede provocarse mediante el uso de sustancias estupefacientes.

Una forma de salir de este atolladero es centrarse en un solo aspecto de nuestro futuro que podríamos llegar a cambiar. Quizás no podamos cambiar el mundo, pero deberíamos ser capaces de modificar una sola cosa, aunque seamos conscientes de que el cambio de una sola cosa conduce a un cambio mucho más amplio.

B. La visión como capacidad para definir los pasos

Volviendo a la definición de Covey, podemos observar otros elementos.

Tener una visión nos dice lo que es posible lograr en las personas, los proyectos, las causas y las empresas. En la práctica, nos permite ver el potencial aún no expresado, pero vislumbrado. Este es un elemento particularmente importante en el ámbito educativo, porque

nos permite captar el potencial presente en los jóvenes, pero también en los compañeros y en las situaciones que vivimos. Atención: para tener una visión de un futuro diferente, el punto de partida es tener una conciencia clara de nuestro presente y de lo que no funciona en él. ¿Por qué intentar ver el futuro, si el presente nos conviene y nos hemos acomodado en él?

Además, se dice que la visión es el resultado de la síntesis que realiza nuestra mente entre la necesidad y la posibilidad. Nos parece que se trata de una operación que parte de lo emocional (la percepción empática de la necesidad), pero que se vuelve bastante racional en la previsión, la planificación... Este elemento también puede tener un importante impacto educativo. Tener una visión nos centra en una imagen del futuro que reconoce y responde a una necesidad de cambio expresada por el presente, captada también de forma empática: nos ayuda a comprender (y no siempre a través de un enfoque puramente racional) cómo comportarnos mañana, en relación con lo que ha sucedido hoy.

Por último, se dice que cuando las personas no tienen una visión, cuando descuidan el desarrollo de la capacidad creativa de la mente, sucumben a la tendencia humana al victimismo.

Esta frase suena vagamente amenazadora (si no tienes una visión, serás eternamente infeliz), pero también difícil de entender: ¿qué significa descuidar el desarrollo de las capacidades creativas de la mente?

Intentemos explicarlo así: si nos quedamos solo con los datos, nos quedaremos bloqueados por ellos. La respuesta será inevitablemente «No se puede hacer». Debemos salir de la mera observación desde fuera para «ver» qué permite ese dato diferente. Esta visión adicional solo es posible a través de una forma de intuición de cómo podría ser. Pero dicho así parece una revelación desde lo alto (o desde lo profundo) y, a veces, tenemos la sensación de que lo es.

En resumen

El concepto de visión es problemático, sobre todo si se centra solo en uno mismo y adquiere valores de naturaleza ideológica. A pesar de estas críticas, podemos tomar algunos aspectos operativos de esta actitud que nos parecen importantes, también desde el punto de vista educativo, sobre todo si se leen desde una perspectiva compartida.

LA VISIÓN EN EL ÁMBITO EDUCATIVO

¿Qué significa afirmar que el educador debe comprometerse (en esto radica la dimensión virtuosa) a tener una visión? En primer lugar, hay que definir en torno a qué se ejerce la capacidad de visión, y no es una cuestión trivial. En un sentido muy general, afecta a nuestra forma de ver la realidad en su conjunto, interrogándonos sobre su posible futuro.

La cuestión ecológica nos está educando en esta forma de razonar, ya que, en su problemática, nos impone una visión compartida del futuro y nos invita a perseguirla. Muchos están trabajando en esta visión global porque se dan cuenta de que solo a través de la contribución, aunque sea pequeña, de todos se logrará un cambio efectivo, que es el objetivo de tener una visión.

En este caso, nos ocuparemos únicamente del aspecto más propiamente educativo.

EL ENTORNO EDUCATIVO: MIRAR HACIA EL FUTURO DE LA ESTRUCTURA

Con la expresión «entorno educativo» nos referimos a varias cosas:

- La realidad material de una escuela específica;
- La realidad ideal: la idea de «escuela» y de educación que llevamos con nosotros;

- Por último, creando un puente entre lo concreto y lo ideal, el sentido mismo de un instituto internacional que se ocupa de la escuela y la educación.

Cabe señalar que, a primera vista, el tercer aspecto parece quedar fuera de estas páginas, que sin embargo nacen en el contexto lasaliano: la lista de virtudes que estamos comentando no es abstracta, no la hemos inventado nosotros, nace dentro de una tradición que se ha renovado o lo está haciendo, pero que nos parece que cuesta bastante compartir.

Haciendo los ajustes necesarios, el discurso puede ampliarse a la Iglesia: la visión eclesiológica subyacente decide el tipo de escuela católica que obtendremos.

En cualquier caso, tendremos:

- Una visión directamente relacionada con nuestro entorno inmediato;
- Una visión que se refiere en general a la forma de percibir la escuela y el mundo de la educación y, por último;
- Una visión que se refiere al Instituto internacional en el que estamos insertados.

Es evidente que entre las tres modalidades hay una conexión: la visión más general influye, al menos lógicamente, en la más específica, pero esta le da la sustancia necesaria.

Partamos del aspecto más inmediato.

Desde el punto de vista de un lugar

Desde el punto de vista más específico, la visión que debemos tener afecta directamente al lugar en el que nos encontramos.

¿Cuál será la imagen de nosotros y de nuestra escuela dentro de 5 años? ¿Cómo nos gustaría ser? ¿Cómo nos gustaría que nos vieran los demás? Responder a estas preguntas significa tener una visión.

El supuesto de todo este trabajo es que estas preguntas se planteen, lo cual puede ocurrir por necesidad o por previsión.

La necesidad depende de la percepción de una inadecuación objetiva con respecto a lo que está sucediendo: por ejemplo, nuestra propuesta educativa cada vez tiene menos aceptación.

La previsión, en cambio, es un don del Espíritu: incluso antes de que se presente el problema objetivo, se actúa para renovar la propuesta y anticiparse a los acontecimientos.

En cualquier caso, para responder con seriedad hay que tener claro:

- De dónde partimos: esto indica tanto el análisis de la situación como el mandato que se nos ha asignado (o que nos hemos asignado);
- Adónde queremos llegar: esto es, en concreto, la visión;
- Qué resultados se quieren alcanzar: los resultados son los objetivos verificables;
- Y, sobre todo, en qué valores nos apoyamos y nos motivamos: aquí nos referimos al impulso ético que nos mueve.

Como se puede ver, son los aspectos (misión, visión, valores, objetivos) que indicábamos anteriormente. Y son aspectos concretos, tangibles: podemos ponerlos en práctica y podemos hacerlo siempre. Aquí radica la dimensión virtuosa de la visión.

Al llegar a una visión, no hay que ser ingenuos (aquí radica la diferencia entre la visión y el sueño): en particular, no hay que partir de ella, para evitar que sea la ilusión privada de alguien.

Primero hay que aclararnos quiénes somos, qué queremos y qué estamos dispuestos a hacer para conseguirlo. El plural no es una forma retórica de decirlo: se refiere al grupo que quiere lograr algo y dentro del cual es necesario confrontarse, no para oponerse, sino para converger en las mismas ideas básicas compartiendo los mismos valores. No es fácil.

En concreto, para llegar a una visión, la primera fase (que sin duda requerirá tiempo) es el debate. Una visión no se puede imponer. Por supuesto, alguien puede proponerla (en este caso tendremos al líder), pero debe tocar las fibras internas de cada uno: debe involucrar. En este caso, el líder da voz a lo que todos perciben. Y es normal que no todos se sientan involucrados: si esto ocurre, es normal (y también honesto) que nos dejen.

A continuación, viene la reflexión (personal y común) que debe escribirse, en el sentido literal de que debe ponerse sobre el papel.

Este proceso de escritura no es inmediato, pero puede guiarse con diversas técnicas, quizás más emocionales que racionales (búsqueda de imágenes evocadoras, intuiciones de palabras significativas): implica replanteamientos, precisiones, ajustes hasta llegar a una síntesis (un lema) que nos parezca eficaz para decir lo que queremos. Un lema que «nos dice», que nos revela a nosotros mismos y a los demás. Ese lema es la «visión» expresada de forma sintética.

Parece un mecanismo trivial, pero en realidad es un mecanismo que realiza nuestra labor, recordándonos lo que nos impulsa cada día a dar lo mejor de nosotros mismos y a seguir adelante incluso cuando todo parece ir en contra. La visión debe convertirse en la estrella polar, lo que establece el rumbo y motiva cada acción. Por lo tanto, no es una necesidad, ni una cuestión puramente formal del aparato eclesástico: cuando se llega a ser obispo (y con ello se asume el liderazgo de una diócesis), una de las cosas que se pide es elegir un lema.

Cabe señalar con mucha atención que en el mundo de las estructuras lasalianas italianas, en más de un lugar, la historia nos entrega un

escudo en el que está escrito un lema, que de hecho es la visión que se tenía de ese lugar. Algunos ejemplos:

- *In puero spes*
- *Fides et scientia*
- *Fides et labor*

En la diversidad de símbolos (abejas, leones, lirios, montañas...) siempre está presente la estrella.

La del escudo parece algo marginal, pero no lo es. Digamos más sencillamente que, culpablemente, ya no le prestamos atención. Quizás no se trate de inventar una visión, sino de recuperar el sentido de la visión original, el espíritu del lugar en el que nos encontramos trabajando.

Quizás ese lema simplemente deba redescubrirse o quizás deba adaptarse al mundo que ha cambiado, aunque reestructurar y readaptar a menudo cuesta mucho más que empezar de cero. Y quizás hoy nos encontramos ante este dilema: ¿renovar o cambiar?

La presencia del escudo demuestra, de hecho, que quienes nos precedieron tenían una «visión», lo que nos lleva a decir que la visión no es tanto una virtud «nueva» del educador, sino una virtud que hay que redescubrir, sobre todo hoy en día, cuando la complejidad del mundo lo hace todo extremadamente difícil y competitivo. La visión no es una garantía de éxito, pero su ausencia es una certeza de fracaso. Si todavía estamos aquí es porque la visión que nos legaron nuestros predecesores ha funcionado, al menos hasta ahora. ¿Mantenerla o renovarla? Y en ambos casos: ¿cómo?

La perspectiva general

Desde un punto de vista general, la visión actual sobre la escuela y la educación está cambiando profundamente.

En palabras de De Certeau, ya no es la palabra de nuestra época (lo ha sido durante tres siglos): ahora la palabra es «comunicar». Y si

bien es cierto que la educación para todos sigue siendo uno de los objetivos mundiales, De Certeau piensa que sentimos que hay algo de verdad.

Por un lado, hablamos cada vez más de formación permanente, por otro, la moda actual está relacionada con la llegada de las nuevas tecnologías, la conexión continua y universal, la comunicación. Se habla de revolución antropológica en relación con la información (que no significa formación).

A pesar de estos cambios, no estamos exentos de tener una visión general de la educación, de su necesidad y de su importancia. Haciéndonos eco de lo dicho anteriormente, las palabras que deberían formar parte del lema de la educación actual son «responsabilidad» y «pacto global»: una responsabilidad que nos incumbe a todos.

Y quizá aún tengamos que trabajar un poco más en esto: de hecho, los cambios que estamos viviendo son demasiados.

La visión del Instituto

Por último, entre la perspectiva general y la particular, existen realidades, como puede ser un Instituto internacional dedicado a la educación, que median entre ambos aspectos. Estas realidades intermedias también necesitan una visión.

Los FSC (Hermanos de las Escuelas Cristianas) tienen tradicionalmente como escudo la estrella y el lema *Signum Fidei*. ¿Son suficientes estos símbolos para darnos hoy a conocer? ¿Representan la visión que hoy proponemos al mundo? ¿La representarán a medio plazo? Son preguntas que conciernen al Instituto, aunque no se expresen de esta manera. Hablemos más bien de identidad y pertenencia. Dicho de otro modo, de una simbología que nos haga sentir a todos parte de la misma casa, con la conciencia de querer las mismas cosas.

Sin embargo, la realidad del Instituto, en los últimos 50 años, ha cambiado profundamente en varios aspectos.

- De una estructura dedicada principalmente a la educación básica a una estructura cada vez más orientada a la educación superior y universitaria;
- De una estructura compuesta principalmente por Hermanos, religiosos educadores, a una estructura compuesta principalmente por laicos;
- De una estructura bastante centrada en un lugar específico nacional a una estructura que ha tomado conciencia de su dimensión internacional.

A todo esto, hay que añadir el hecho objetivo del envejecimiento del personal religioso, especialmente en algunas partes del mundo. Y al envejecer se pierde el deseo de pensar en un futuro más lejano que el mañana.

La nueva simbología, que ha tardado un poco en imponerse, conserva la estrella, aunque de forma muy estilizada, lo que quizá la hace un poco anónima. Sin embargo, falta «un» lema, a menos que se quiera adoptar el tradicional (*Signum Fidei*). ¿Quién debería elaborarlo? ¿Solo los Hermanos o todo el mundo lasaliano, que presenta en su interior una impresionante variedad de situaciones? Creemos que ahí radica la dificultad actual: tenemos una visión general, pero aún no totalmente elaborada. Dicho de otro modo: tenemos símbolos, pero aún no lemas.

Una base para avanzar podría ser la *Declaración sobre la educación lasaliana para el siglo XXI*, que concluye con un «Credo». Por eso, creemos que sería interesante estudiar la elaboración simbólica que ha acompañado a las diferentes reuniones internacionales del Instituto en los últimos 50 años. De hecho, nos parece que en los símbolos adoptados (los logotipos) hay una evolución que va más allá de la cuestión gráfica, que sin duda se ha renovado. Por ejemplo, para el reciente 46.º Capítulo General, el logotipo es una mano que sostiene un mundo: la estrella está ahí, pero es una especie de satélite, una luna. Pero la luna no da luz, la refleja.

En resumen

La cuestión de la visión en el ámbito educativo debe tener en cuenta el entorno al que se dirige.

Este «entorno» va de lo particular a lo universal... cada uno de estos entornos necesita una visión. Para simplificar las cosas, nos hemos centrado en la heráldica, que nos parece una forma excelente de comprender la cuestión de la visión.

LA VISIÓN SOBRE LOS JÓVENES: MIRAR HACIA SU FUTURO

Un educador visionario (y aquí también incluimos a los padres) tiene una visión sobre los jóvenes que le rodean. Esa visión se refiere tanto a los jóvenes en general (*in puero spes* —esperanza en la niñez—), como a cada uno de ellos individualmente: ambas cosas están relacionadas. Sin duda, todo el discurso se basa en la idea de que el educador confía en los jóvenes y en sus capacidades, algo que a menudo se afirma de forma ideal, pero que con la misma frecuencia desmentimos con nuestras palabras: ¿cuántas veces nos quejamos de que las cosas van cada vez peor y pensamos que no hay límite para lo peor? ¿No es esto desautorizar a quienes vendrán después de nosotros? Se trata, por tanto, de un tema delicado que requiere un cambio de perspectiva.

Una visión parte de nosotros. Por lo tanto, hablar de visión con respecto a los jóvenes significa pensar en ellos e imaginarlos dentro de un tiempo, cuando sean «mayores». Todo esto puede entenderse con el término «expectativa», que en el peor de los casos puede convertirse en presión. Es nuestra visión, no la suya: no podemos imponerla.

Y esto también es válido cuando la visión que elaboramos sobre ellos presenta aspectos que podríamos definir como negativos.

El ojo atento del educador descubre en sus discípulos un potencial que a veces ellos mismos no ven. Se trata de capacidades presentes, pero poco expresadas, de actitudes que los estructuran y en las que se

jugarán la vida. A veces son elementos que, a la larga, pueden llevarles, por decirlo de manera tradicional, por mal camino. De ahí surge una enorme responsabilidad: no se nos permite equivocarnos, está en juego la vida de los demás. Hay que estimular a los jóvenes para que tengan una visión positiva de sí mismos, pero deben llegar a construirla por sí mismos, incluso en presencia de rasgos que, al menos para nosotros, parecen negativos.

El papel del educador visionario se duplica, por tanto:

- Por un lado, debe ayudar a bloquear (prevenir) los elementos negativos que registra;
- Por otro lado, debe estimular los elementos positivos que también están presentes y que debe ser capaz de sacar a la luz.

En el primer caso, actuará como corrector; en el segundo, como acompañante. En ambos casos, deberá ser capaz de leer realmente lo que hay y prever lo que vendrá. La visión es una previsión que implica un camino para llegar a ella. Nadie conoce el futuro: dibujamos un escenario y trabajamos para hacerlo realidad.

Una primera observación: todo esto también puede configurarse como una ayuda explícita para descubrir la vocación de cada uno. Pero aquí el discurso se alargaría y abriría nuevos escenarios.

Una segunda observación. A menudo se oye decir que los jóvenes en la actualidad no están motivados. No es necesariamente cierto. Sin duda tienen motivaciones diferentes a las nuestras y esto los lleva a una visión de sí mismos que, al no corresponder a la nuestra, nos ocultan. Quizás temen el juicio o piensan que no serán comprendidos. No nos lo ocultan por quién sabe qué motivo: simplemente no nos lo dicen. Y nosotros no hacemos nada para que nos lo digan. Y eso nos impide ayudarlos.

En realidad, es un juego muy difícil de equilibrio entre muchos elementos que pueden aparecer:

- Nuestro temor a cómo pueden acabar las cosas, que nos lleva a ponernos rígidos y exigentes. Aquí no se piensa en corregir, sino en castigar. Y, en el fondo, es una falta de esperanza en ellos.
- Nuestra ilusión/ceguera sobre las cualidades presentes: son nuestros y, por lo tanto, son los mejores. Nos hemos convertido en admiradores incondicionales y perdemos el sentido crítico y, a veces, la dignidad.
- La confusión que hacemos entre nuestras expectativas y las suyas, por lo que los empujamos (digamos que los manipulamos) para orientarlos en función de nuestros sueños.

En el lenguaje tradicional, el educador con visión debe hacer que el temperamento de cada uno (las cartas, los talentos que nos han sido dados al nacer) se convierta en carácter (cómo sabremos usar los talentos, cómo será la calidad del juego que llevamos a cabo para ganar).

El «temperamento» nos viene dado, el «carácter» hay que construirlo. Es una construcción laboriosa y diaria. La palabra «carácter» tiene varios significados: aquí destacamos el hecho de que es la raíz del término «característica»: la especificidad de cada uno depende del carácter.

El carácter de una persona (pero en cierto sentido también de un lugar y de una estructura) nace, se fundamenta y se desarrolla a partir de la visión que ha elaborado de sí misma. Y esto es particularmente importante y conviene reiterarlo: el carácter personal (quizás también podamos llamarlo estilo) es el resultado de la visión que hemos elaborado.

En una relación educativa correcta y funcional, la visión del educador y la del educando deberían tender a converger.

Al fin y al cabo, el objetivo de una relación educativa es formar personas que sepan estar en el mundo, manteniendo su especificidad. Y a esto podemos (y debemos) llamarlo «éxito».

LA VISIÓN DE NOSOTROS MISMOS COMO EDUCADORES: MIRAR HACIA NUESTRO FUTURO

Para funcionar de la mejor manera posible, un educador debe ser visionario también con respecto al papel que desempeña y a la actividad que realiza. La de educador es una profesión, pero también una vocación y, por lo tanto, parte de una misión definida desde el principio que podemos describir genéricamente como ayudar/acompañar a los jóvenes en su crecimiento. Debemos ser conscientes de todo esto: la forma en que nos vemos, la visión que tenemos de nosotros mismos y de lo que hacemos es necesaria para tener éxito en nuestro trabajo.

Las personas se acercan a la educación por diversas razones, algunas nobles, otras mucho menos. Sin embargo, todas, y esto es inherente a la naturaleza de las cosas, esperan tener éxito. No siempre es así: antes se decía negativamente de algunos educadores que «los jóvenes les comen la cabeza» (es decir, les superan). Esto ocurre cuando no tenemos una visión de nuestro papel.

Dicha visión se compone de varios aspectos que, de hecho, dan sustancia a esta virtud.

En primer lugar, debemos pensar que podemos educar, sean cuales sean las condiciones en las que nos encontremos. Es un acto de confianza en nosotros mismos. No nos dejamos llevar por el entorno (en este término también se incluye nuestro temperamento), sino que lo afrontamos y lo utilizamos. En términos modernos, esto se denomina proactividad.

En términos más antiguos, indica la conciencia de que no hemos llegado a nuestro papel por casualidad, sino que Dios mismo nos ha llamado.

En segundo lugar, fijémonos en el objetivo. Esto nos permite:

- a. Superar el posible y parcial fracaso. Nos permite relativizarlo, considerarlo un callejón sin salida en el que nos hemos metido

y del que podemos salir y retomar un camino diferente, no un bloqueo definitivo.

- b. Clasificar en el camino lo que es esencial de lo que es secundario: hace que surjan las prioridades. Y esto, entre otras cosas, nos permite ahorrar tiempo.
- c. Ser humildes: tomamos conciencia de lo que podemos hacer y de lo que necesitamos pedir ayuda. En la relación educativa, hay que pedir ayuda a diferentes organismos, pero no debemos olvidar que, sobre todo, hay que pedirla directamente a los jóvenes: no los educaremos de ninguna manera si ellos mismos no nos echan una mano. No se educa a quien no acepta ser educado. Porque las soluciones hay que encontrarlas juntos: esto significa acostumbrarse a trabajar de forma sinérgica directamente con ellos, sin olvidar nunca que acompañar no significa sustituir.

Este último aspecto implica, por un lado, que nos ganemos su confianza y, por otro, que logremos mostrarles que el trabajo que estamos haciendo también les beneficia a ellos: al fin y al cabo, nuestra victoria se materializa en su éxito. Si ellos ganan, nosotros ganamos.

La confianza se gana dando confianza, con una acogida incondicional: somos capaces de escuchar, no tenemos prejuicios, no juzgamos de forma parcial. No pensamos que sus problemas sean tonterías. No los despreciamos. La confianza se gana tomándolos en serio (y haciendo que nos tomen en serio), aunque tengan seis años, aunque en realidad no tengamos las soluciones a los problemas que surgen.

Por último, el educador visionario aprende haciendo y, por lo tanto, también aprende de sus errores. Los tiene en cuenta. La visión general se mantiene, pero se adaptan los pasos y se eligen nuevos caminos.

No olvidemos que aquí la visión global se refiere a quiénes deberíamos ser en relación con el trabajo que hacemos. En este sentido, el éxito no consiste en ganar dinero o en convertirnos en personas más o menos famosas, sino en ser (convertirnos en) educadores competentes.

Como conclusión...

En resumen, el educador visionario es aquel que ha sabido forjarse un carácter en el sentido que mencionábamos anteriormente. Una persona con carácter se mantiene fiel a sus valores y permanece abierta a los demás:

- Asume compromisos y los cumple, honrando las promesas hechas;
- Admite sus errores de inmediato y abiertamente;
- Evalúa la brecha entre el estímulo y la respuesta;
- Rara vez «tiene» que hacer algo, y cuando lo hace es por elección propia; entiende que el tiempo es valioso y que «éxito» significa simplemente ser nosotros mismos, pero de forma organizada;
- Además, está dispuesto a hacer cosas que otros no quieren asumir, con tal de alcanzar un objetivo superior.

La verdad es que para ser (o llegar a ser) visionarios habituales, primero hay que crecer como personas. Antes de empezar a actuar, debemos apreciar y perfeccionar la persona que somos.

Pero el crecimiento personal no proviene tanto de hacer algo nuevo, sino de la capacidad de ver lo mismo bajo una nueva luz. Y para eso debería servir la elaboración de la visión que nos concierne. Es esta fuerza de cambio la que hace que la visión sea importante. Educarse para tener visión (en los diferentes niveles que hemos visto) es, por lo tanto, sobre todo hoy en día, una virtud esencial para quienes educan.

OBSERVACIONES FINALES

Primero. Lamentablemente, este tipo de enfoque no es habitual en el mundo de la educación. Lo es mucho más en el mundo empresarial, es más, en cierto sentido, este mundo lo impone porque, por fuerza, vive en un cambio continuo.

La educación no: tiene ritmos mucho más lentos y también cierta resistencia al cambio, más bien se acomoda, no percibe el malestar (si es cierto lo que afirma Wilde, el descontento es el primer paso hacia el progreso) y, por lo tanto, no encuentra razones para dar un paso adelante.

Segundo. Tener visión significa mirar hacia el futuro y esto conlleva el hecho de que hay que aprender a posponer la satisfacción del resultado alcanzado. En el presente hay esfuerzo y esto va claramente en contra de la pereza que todos llevamos dentro: estar en forma es bueno, pero levantarse todas las mañanas a las cinco para encontrar tiempo para ir al gimnasio no es siempre un precio que estemos dispuestos a pagar.

Tercero. Mantener una visión requiere fuerza de voluntad, determinación y perseverancia. En este sentido, debemos aprender a rendir cuentas ante nosotros mismos. Nuestra voluntad es débil y nuestra determinación se desvanece ante las primeras dificultades. Ayuda tener una visión atractiva, motivadora y «posible». Por eso, una visión no puede tener solo las características de un sueño: está ligada a la realidad, parte de ella y, al final, se dirige a ella con el objetivo de modificarla.

Cuarto. El discurso sobre lo posible hace importante el hecho de que cada pequeño paso dado representa un estímulo más, un impulso y, por lo tanto, debe considerarse un éxito. Si uno se queda en el punto microscópico que ha puesto hoy, puede desanimarse, pero si se aleja un poco y ve la teoría de puntos que ha puesto en línea en tiempo, se da cuenta de que se ha recorrido un largo camino, quizás sin que nos hayamos dado cuenta. La visión es el diseño de una función, pero el cálculo se realiza utilizando infinitesimales.

Quinto (como consecuencia del cuarto): para mantener la visión hay que tomar distancia de vez en cuando, ver las cosas en perspectiva, ver

el diseño, no dejarse ahogar por las cosas que suceden, que a la larga nos hacen perder el sentido global de nuestras acciones.

En resumen:

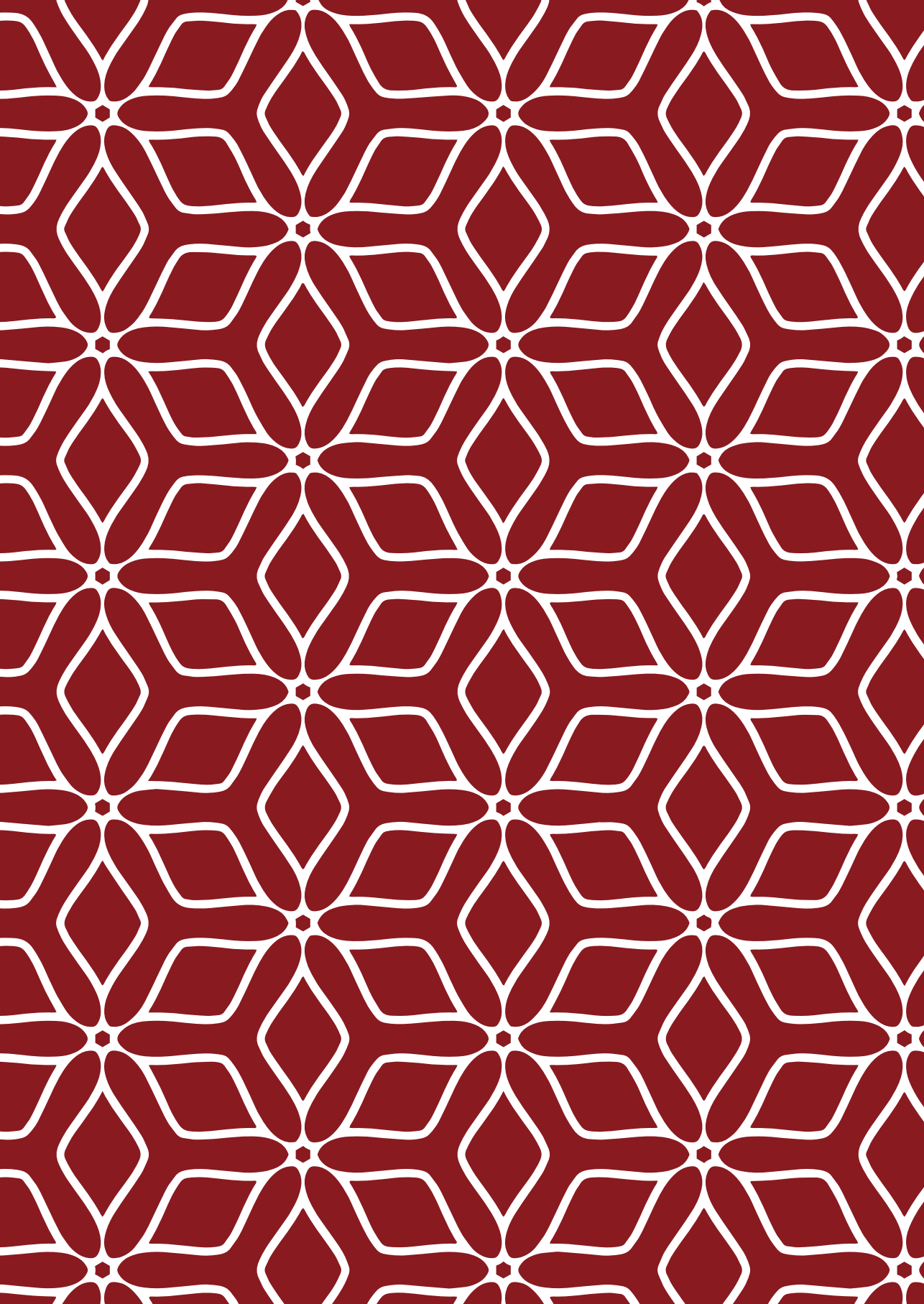
El educador es, por tanto, un visionario cuando:

- Ha sabido construirse a sí mismo y es consciente de sí mismo y del papel que desempeña.
- Está abierto al cambio y lo busca de forma proactiva.
- Confía en sus discípulos y espera que desarrollen sus capacidades.
- Tiene una visión sobre sus discípulos que propone y no impone.
- Tiene una visión del entorno educativo en el que opera y la comparte con los demás.
- Sabe ver el conjunto y no solo el paso individual.

El educador no es un visionario cuando:

- Se conforma con lo que hace y no exige nada más de sí mismo ni de quienes le rodean.
- No percibe el malestar en el que está inmerso, por lo que no quiere o incluso obstaculiza el cambio.
- No confía en las posibilidades de los jóvenes, piensa que inevitablemente acabarán mal.
- Se queja del presente porque no ve (o no quiere ver) ningún futuro.

Lo que nos permite concluir que, bajo la virtud de tener visión, hay una virtud mayor que se llama «esperanza». Pero aquí abrimos otro debate.





Hermanos de las Escuelas Cristianas



lasalleorg

www.lasalle.org

ISBN: 978-88-99383-49-7